

CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 537

BARCELONA

NOVIEMBRE 1975

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

EL CRISTIANISMO NACE DEL MANDAMIENTO DEL AMOR

La extrema importancia adquirida hoy por las relaciones humanas, y por los modos de considerarlas y de instaurarlas, nos obliga a repetir nuestra reflexión sobre la caridad hacia el prójimo, sabiendo bien que la caridad, o sea, el amor sobrenatural de Dios para con nosotros, cual nos ha sido revelado por Cristo y comunicado con la efusión del Espíritu Santo, representa el valor central de nuestra religión, o, como se suele decir hoy, de la economía de la salvación; y que este amor (*ágape*, cfr. C. Spicq, O. P.; *ágape*, 3 vols, Gabalda, 1959) debe difundirse no sólo con el esfuerzo amoroso para remontarse, en lo posible, pero con toda nuestra energía, hacia su fuente (recordad el primero y gran precepto: «Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, etcétera» (Mt., 22, 37), sino que debe, además, y casi con el mismo esfuerzo, dilatarse hasta el prójimo (ibídem, 39): «Amarás al prójimo como a ti mismo».

¿Superada la caridad en la sociabilidad civil?

De esta concepción fundamental teológico-moral surge el cristianismo. El cual, como está en gran parte en el origen de la sociabilidad civil, parece ahora haber sido superado por el ansia y la potencia de una forma más eficaz, impetuosa y revolucionaria con la que hoy se promueve la sociabilidad moderna: forma independiente, incluso polémica con relación a la sociabilidad emanada del Evangelio. Cristo sería superado por Marx. La convivencia ideal humana se afirma a nuestro pesar, no puede ser el resultado de la caridad, sino de la lucha, de la violencia y de la victoria de una clase sobre otra: ésta sería la meta ausplicable.



SUMARIO

EL CRISTIANISMO NACE DEL MANDAMIENTO DEL AMOR
Alocución de Paulo VI

EL REINO DE DIOS SEGUN EL EVANGELIO
Roberto Cayuela, S. I.

SANTA MARGARITA: VICTIMA DEL AMOR
Gerardo Manresa Presas

OPORTO Y FATIMA
Jaime Bofill

EZEQUIEL MORENO Y DIAZ
Narciso Torres Riera

NECESIDAD CRISTIANA DE LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS

NO A LA VIOLENCIA
Severiano del Páramo, S. I.

REFLEXIONES SOBRE LA MISION SACERDOTAL
Juan José Gallego, O. P.

DIOS CON NOSOTROS
Fray Antonio de Lugo, O. S. H.

ALONSO RODRIGUEZ, S. J.
Bartolomé Guasp, Pbro.

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)
Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

Defectos de los sistemas contrarios al cristianismo

Resulta superfluo que ahora digamos más, cuando el cuadro histórico contemporáneo nos ofrece, con evidencia hasta excesiva, los elementos de juicio que están en cuestión. Tendremos fáciles argumentos que aducir en la discusión en defensa del Evangelio, invitando a reflexionar cómo el sistema contrapuesto al profesado por nosotros por ser cristiano, por ser verdaderamente humano, supone una violación de principios para la verdadera sociabilidad, la cual debe ser humana para todos y respetuosa de las prerrogativas del hombre, su dignidad, su libertad, su igualdad; mientras, al contrario, supone el odio y la lucha sistemática; supone el egoísmo colectivo como remedio del egoísmo personal o de categoría; y parece ignorar la complementariedad de las funciones sociales libres y repudiar, como fórmula normal de la sociabilidad, la ordenada participación en los procesos lo mismo económicos que culturales y políticos, y rechaza en el fondo la solidaria colaboración para un común y justo bienestar, prescindiendo así gradualmente de los coeficientes espirituales de los cuales debe, ciertamente, vivir una comunidad libre y ordenada, siendo sustituidos por una rígida normativa pública de tendencia impersonal y conservadora.

Motivación religiosa del amor social

Pero permanezcamos en nuestro tema, en el de la caridad, visto en su aplicación a la convivencia colectiva. Podremos y deberemos estudiar la caridad en su primera y personal expresión, es decir, en la compleja psicología que llamamos «el corazón»: si este amor, la caridad, no invade nuestro corazón, ¿cómo podrá nuestra vida dar testimonio exterior, concreto y social de él? Esta caridad debe hacerse su raíz en la vida interior, en la mentalidad, en el ejercicio arduo y suave del sentimiento del amor al prójimo que nos enseñó Cristo, si ha de encontrar motivo razona-

ble y energía suficiente para desplegarse en la actividad comunitaria. Y en la simple tentativa de experimentar si nuestro corazón está hábil y pronto para «amar al prójimo» descubriremos cuán lógico y necesario es que aquel amor encuentre su fundamento, su fuente, su suprema razón de ser, en el amor de Dios: de Dios a nosotros y de nosotros a Él. El que priva al amor social de su motivación religiosa y evangélica, lo expone al fácil hastío, al oportunismo y egoísmo renacientes, ya que no a una degeneración violenta y pasional. Nuestro primer fundamento es la religión, que nos une a Dios y hace posible, urgente, perseverante y fecundo el amor hacia los hombres, los cuales, en muchos, muchísimos casos no parecen merecedores de tal amor, si a éste no lo alimenta el amor de Dios.

Debemos amar más

Nos preguntaremos luego a nosotros mismos si este binomio del amor cristiano ha sido y es operante en nuestra conducta social. Tendremos probablemente que reprocharnos haber pecado, todos nosotros, de egoísmo, de indiferencia, de pereza, de ineptitud tímida y conservadora. Y sea cualquiera la respuesta obligada a nuestra conciencia con tal motivo, habremos de concluir con una sencilla pero grave recomendación: debemos amar más. Sí, más. Pues tal es el mandamiento constitucional del cristianismo, lo sabemos; y no debemos olvidar que la casuística del juicio final sobre nuestra suerte eterna versará principalmente acerca de la caridad hacia el prójimo, ¿recordáis?: «Yo —dice Cristo— tuve hambre, tuve sed...» (Mt., 25 31 ss.). Y, además, porque ésa es la exigencia de nuestros tiempos; ellos exigen un dinamismo en el bien, en la justicia, en la caridad personal y colectivamente ejercitada: el Año Santo nos lo recuerda y, con los carismas de su religiosidad, nos estimula y nos habilita incluso para esta renovación cristiana de la caridad social. Nuestra bendición apostólica conforte vuestra memoria y vuestros propósitos. — Paulo VI (*Osservatore Romano*, 20-11-75).

EL REINO DE DIOS SEGUN EL EVANGELIO

ROBERTO CAYUELA, S. J.

La vida pública de Cristo Nuestro Señor, dedicada toda ella a la predicación evangélica, o sea al felicísimo anuncio del gran mensaje de una vida nueva y de la eterna salvación para todos los hombres de toda nación y raza, tuvo un triple período de preparación.

El primero fue el ministerio de San Juan Bautista, Precursor de Cristo, del que dio repetidos testimonios, y le presentó ante las gentes como Cordero de Dios; es decir, como Víctima voluntaria, con cuya inmolación habían de ser perdonados los pecados, y habíamos de poder entrar en la vida eterna.

El segundo período de preparación fue el Bautismo del mismo Jesús, en el río Jordán; su ayuno de cuarenta días y sus tentaciones en el desierto; y, a continuación, la elección de sus primeros discípulos, y su ida a Caná de Galilea, para obrar su primer milagro, por intervención maternal de la Virgen María.

Y la tercera etapa de preparación fue la ida de Jesús a Jerusalén, en la primera Pascua de su vida pública, con la que se inició el primero de los tres años de su ministerio evangelizador; su breve estancia en la Ciudad Santa, con la revelación magnífica que nos hizo en su conversación con Nicodemo, del inefable amor de Dios a los hombres, a quienes tanto amó, que nos dio su Hijo Unigénito, a fin de que todo el que cree en El, no perezca, sino alcance la vida eterna. Pasada La Pascua, una predicación de breve tiempo en la región de Judea, y su paso por Samaría, con la conversión de la mujer samaritana; y por fin su llegada a Galilea y una rápida visita a Nazareth.

Después de estas tres como etapas de preparación, fue cuando propiamente comenzó Jesús, según los Evangelios, y en Cafarnaún, su predicación del mensaje que nos trajo y nos anunció, de nuestra eterna salvación por El. Y decimos que entonces fue cuando comenzó su predicación evangélica, porque en aquel tiempo y en

aquella ciudad, la principal de Galilea, empezó a predicar, de una manera expresa, directa y preferente, el Reino de Dios, objeto primordial de su predicación; y por lo mismo el resumen de su revelación.

Los Evangelios nos relatan este comienzo más expreso de la predicación evangélica de Jesús, al empezar el anuncio del Reino Unido, de esta manera: «Y dejando la ciudad de Nazareth, se fue a habitar en Cafarnaún, que está junto al mar (de Tiberíades), en los confines de Zabulón y Neftalí... Desde entonces comenzó Jesús a predicar el Evangelio (o buen mensaje), del Reino de Dios, diciendo: Convertíos y creed al Evangelio; porque se ha cumplido el tiempo, y el Reino de los Cielos está cerca. Y se divulgó su fama por toda la comarca. Y El enseñaba en las sinagogas de ellos, y era engrandecido por todos» (Mt., 4, 13; Mc., 1, 14, 15; Lc., 4, 13 15).

El tema del Evangelio de Jesús no es otro que el Reino de Dios, el cual es también designado por el Divino Maestro con la expresión de «Reino de los Cielos». — Son dos expresiones de una misma realidad. La obra de Cristo fue anunciar este Reino; fundarlo; dejarlo perfectamente constituido y organizado; e iniciar el gobierno del mismo Reino, como Maestro, Santificador y Rey Buen Pastor, llamando a todos los hombres, para que todos busquemos este Reino; y, hallado, entremos en él, pertenezcamos a él, y seamos felicísimos en él, como hijos de Dios. Es un Reino que se inicia temporalmente en la tierra y se consume en el Cielo para siempre, en la dichosa felicidad de la eterna gloria. Y por eso, el «Reino de Dios» se llama también «Reino de los Cielos», porque es un mismo Reino que comienza en nuestra peregrinación terrena, y se consume y perfecciona en nuestra verdadera Patria bienaventurada.

Al llamamiento de Jesús a todos los hombres, para que busquemos este Reino de Dios, entremos en él, y seamos dichosos en él, hemos

de cooperar por nuestra parte, ayudados por la divina gracia, con una respuesta positiva; con un «sí», lleno de sinceridad y fidelidad, buscando en realidad el Reino de Dios; y esto ante todo y por encima de todo.

Es lo que el Divino Maestro nos dijo en su Sermón de la Montaña, en el cual, con lo que inmediatamente le precedió, que fue la elección de los Doce Apóstoles, comenzó Jesús a organizar su Reino, Reino de Dios en la tierra, como preparación e iniciación del Reino de Dios en el Cielo. Y en la parte más soberanamente bella y atractiva de este Sermón, que fue revelarnos Jesús la providencia que Dios tiene de todos nosotros y de cada uno de nosotros, como Padre amoroso y solícito, nos dio su más encarecido e importante encargo: «Buscad, pues, primeramente el Reino de Dios y su justicia; y todas las demás cosas se os darán por añadidura» (Mt., 6, 33). Lo cual fue decir: buscad ante todo y en primer lugar el Reino de Dios, que es vuestro último fin; y buscad también su justicia, que son los medios para alcanzarlo; y si esto hacéis, estad ciertos de que la Providencia de vuestro Padre Celestial os proveerá de las cosas temporales, necesarias para pasar la vida terrena.

Tal es el gran encargo que Cristo nos hace; pues el que fundó y organizó el Reino de Dios, cifrando en él, por una parte los maravillosos planes de su venida al mundo y los frutos sobre manera grandes de su obra de Redención y salvación; y, por otra parte, nuestra felicidad temporal y eterna, como hijos de Dios y coherederos del Cielo con el mismo Cristo, nos encargó que buscásemos nosotros ese Reino de Dios, Reino de los Cielos; y esto por encima de todo, antes que ninguna otra cosa.

Pero sabía muy bien el Divino Maestro, lleno de pedagogía celestial, que para buscar nosotros el Reino de Dios, y más con la absoluta primacía que El nos dijo, nos es de todo punto necesario tener de ese Reino una altísima estima, apreciarlo por encima de todas las cosas de la tierra; y que para apreciarlo y estimarlo en lo que es y en lo que vale, y así buscarlo por encima de todo, hemos de tener un conocimiento verdadero, claro y completo de lo que es y significa y vale el Reino de Dios.

Por eso, a partir de aquel comienzo de su predicación evangélica, hizo Jesús del «Reino de Dios» el tema central de su predicación; «Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, predicando

el Evangelio del Reino» (el buen mensaje del Reino de Dios y de los Cielos) (Mac., 1, 14).

Pero al final de su vida, en los seis últimos días antes de su Sagrada Pasión, Muerte y Resurrección, quiso Jesús recoger en unas enseñanzas muy precisas, lo que, completando las que nos había dado en los años de su ministerio público, nos diesen a entender, en forma de parábolas, los misterios del Reino de Dios o Reino de los Cielos.

Son las parábolas del Reino, que inició Jesús al final de su mismo Sermón de la Montaña; las fue prosiguiendo; y las terminó como el último recuerdo que nos dejaba de sus divinas enseñanzas, al terminar su ministerio público.

En estas parábolas del Reino tenemos unas hermosas semejanzas, facilísimas de entender; y que nos llevan por medio de cosas que nos son muy conocidas y familiares, a conocer en toda su verdad y amplitud el Reino de Dios.

El maravilloso conjunto de estas parábolas nos revela las realidades divinas en que consiste el Reino de Dios y los medios de alcanzarlo; para que conociéndolo clara y plenamente, estemos y apreciemos, más que ninguna otra cosa el Reino mismo de Dios y cuanto nos ha de llevar a poseerlo; y así busquemos ese Reino y esos medios de alcanzarlo, conforme al encargo del Señor.

Tales son la parábola de la casa edificada sobre roca viva y cimentada sobre piedra, y de la casa edificada sobre arena movediza; la parábola del Sembrador; la de la cizaña; la del grano de mostaza; la del fermento; la del buscador de perlas; la del hijo pródigo; y otras varias, todas ellas bellísimas y repletas de riqueza de sentido, que a manera de llaves de oro, nos abren los tesoros y nos descubren los secretos del Reino de Dios.

Abramos con respeto y con amor el Santo Evangelio; y con los ojos puestos en sus sagradas páginas, veamos cómo Jesús, en consonancia con el encargo que nos había dado, nos enseña tres realidades que constituyen en el soberano conjunto de todas ellas, el misterio del Reino de Dios, que es lo que primeramente hemos de buscar; y también otras tres divinas realidades, que son los medios para alcanzarlo, y que por tanto los hemos asimismo de buscar, en parecida búsqueda a la del Reino de Dios, pues Jesús nos pone unas y otras cosas en la misma línea, al recomendarlos y encargarnos que busquemos primeramente el Reino de Dios y su justicia, o sea los medios para alcanzarlo.

A) El Reino mismo de Dios.

1.º Lo es, en primer lugar, en el pensamiento de Jesús, su Iglesia en la tierra; Iglesia una, santa, católica y apostólica, cuyo Jefe supremo, visible, lugarteniente de Cristo, es el Obispo de Roma, el Sumo Pontífice, el Papa.

Es la Iglesia peregrinante y militante; porque mientras todos los miembros y ciudadanos que la forman, van caminando, unidos, y como en peregrinación hacia la Gloria del Cielo, viven en lucha continua contra el enemigo mortal de sus almas y de la misma Iglesia; a saber, el Diablo y sus huestes y emisarios; imitando así los cristianos a Cristo, que, en frase lacónica y comprensiva de San Juan, «vino a deshacer las obras del Diablo».

Y aunque es Reino que está en la tierra, pero se llama también «Reino de los Cielos», porque la Iglesia toda con los miembros que la componen, viven en una gran preparación, y como feliz iniciación de lo que es la vida de los bienaventurados en el Cielo. Todos sus ciudadanos, militantes y peregrinantes, se encaminan a los Cielos.

Con toda propiedad y preferentemente se llama la Iglesia en la tierra «Reino de Dios», porque a imitación de Jesucristo, la Iglesia toda existe y vive para glorificar a Dios, adorándole con el Culto que desea, pide y quiere el mismo Dios; amándole sobre todas las cosas; y sirviéndole fielmente, por el cumplimiento de su santísima voluntad.

A la Iglesia, Reino de Dios en la tierra; a la Iglesia peregrina y militante, se refiere Cristo de un modo directo en la mayor parte de las parábolas del Reino, pues aplica las semejanzas de sus parábolas a lo que sucede en este «Reino de los Cielos», que es la Iglesia. Y no otra es la interpretación de los Santos Padres, como es obvio y evidente.

2.º Pero si la Iglesia en la tierra es el Reino de Dios, el Reino de los Cielos, iniciado aquí abajo, con más razón y propiedad lo es la Iglesia triunfante, la Ciudad de Dios en la gloria eterna del Cielo.

Hacia ella caminan cuantos ahora viven en la Iglesia militante. Es la meta, el término del camino y peregrinación; es el último fin y destino sobrenatural del hombre; fin y destino maravillosamente excelso y grande sobre toda ponderación.

Aquí, en la tierra, caminamos hacia el Cielo con la fe, la esperanza y el amor de caridad; pero allí, en el Cielo, la fe se convertirá en visión; la esperanza, en posesión; y la caridad inicial en caridad consumada y perfecta; con la cual nos adheriremos tan plenamente a Dios, que seremos un mismo espíritu con El. Seremos semejantes a Dios, porque le veremos como en verdad es Dios. La vida del Cielo es una participación completa y perfecta de la vida Trinitaria de Dios; y, por consiguiente, una dichosísima participación de la felicidad con que Dios es suma y eternamente feliz.

Las sagradas páginas de la Biblia parecen agotar las expresiones del lenguaje humano, para darnos a entender y aun hacernos ver que en el Cielo no hay nada en absoluto de lo que es tristeza, pesar, llanto o dolor; allí no hay mal ninguno de ninguna clase; y que allí todo es lo que puede satisfacer las ansias y deseos del alma humana: verdad, belleza, felicidad, bien.

3.º Finalmente, lo principal en el Reino de Dios es su Divino Rey, Jesucristo, cuyas propiedades, oficios y excelencias nos describe el mismo Jesús, de la manera más sencilla e insinuante, pero clarísimamente, en sus parábolas del Reino.

El Padre Celestial confirió a su Hijo Unigénito, hecho Hombre por nosotros y por nuestra salvación, la dignidad y todos los poderes de Rey de su Reino, en la Tierra y en el Cielo.

Siendo, pues, así que todo Reino tiene su Rey, lo es en el Reino de Dios y Reino de los Cielos, Jesucristo; y El mismo lo confesó ante el Presidente Romano, Poncio Pilato; y por confesar y mantener esa verdad fue pedido implacablemente para la muerte de Cruz por los Jefes del Pueblo judío, sumándose a ellos la multitud enloquecida e ingrata del Pueblo; todo según lo había previsto y predicho el mismo Jesús en varias de sus parábolas.

Mas para que veamos con claridad meridiana, y con agrado de amor, de qué manera nos gobierna Cristo, se nos presenta con la amable imagen de un buen Pastor. Y así podemos decir y estar confiadamente seguros de que Nuestro Divino Rey es el «Buen Pastor»; y nos rige y gobierna como Buen Pastor.

Más aún; para que confiemos más en El, siendo Cristo Rey soberano, se nos muestra en varias

de sus parábolas del Reino como «Padre de familias»; pues aunque es Monarca supremo, y tiene innumerables vasallos en el Cielo y en la tierra, con todo, quiso llamarse «Padre de familias» para darnos a entender que es tan sumamente cuidadoso y solícito de todos los suyos, y lo es tan amorosamente de cada uno, como si su Reino fuese una familia reducida y de pocas personas, cuyo Padre atiende por menudo a todos y a cada uno de los que forman su casa y familia.

Y para hacernos ver lo que El hace con nosotros, y lo que nosotros hemos de hacer para con El, este Rey divino se nos manifiesta como un Padre de familia, que habiendo plantado una vi-

ña, proveyéndola de cerca, de lagar y de torre de atalaya, la entregó en manos de unos labradores; mas no por venta ni donación, sino por arrendamiento; ya que El se quedaba con el dominio de la viña; y les pidió a los labradores, como ahora nos lo pide a nosotros que labremos su viña, la administremos fielmente, y demos frutos de buenas obras. Y El se va a un país lejano, haciéndose del ausente, para que entendamos que nos deja en nuestra libertad, sin hacernos fuerza, y como si no nos viese, aunque realmente lo ve todo y está en todo lugar, siempre a la mira de su querida viña.

Tal es el Rey del Reino de Dios.

B) Medios para alcanzar el Reino de Dios.

Ya que somos viandantes y peregrinos durante toda nuestra vida terrena, Jesús se vale de la semejanza, no menos sencilla y fácil que excesiva y adecuada, y, además, usadísima en la Sagrada Biblia, del «camino», por donde vamos de un sitio a otro; de un punto de partida a un término final. Con esta semejanza nos declara Cristo, en las Parábolas del Reino, los medios que necesitamos para alcanzar el Reino de Dios. Ante todo, hemos de tener un camino, bien trazado, del todo seguro, y que nos lleve indefectiblemente al término a donde nos dirigimos. En segundo lugar, necesitamos luz que nos ilumine en nuestro camino, y alimento nutritivo, que nos de fuerzas, nos vigorice y nos sostenga en nuestro caminar. Y, finalmente, somos nosotros los que, ayudados del favor divino, que nunca nos falta, hemos de emprender el camino, andar por él, y seguir por él, sin desviaciones ni detenciones. Pues bien; estos tres medios que necesitamos para alcanzar el Reino de Dios, nos los ha dejado Cristo Jesús.

1.º El camino mismo nos lo ha trazado y dispuesto Jesucristo. Son las leyes, preceptos y consejos que nos dio Cristo; pues El no es solamente Redentor nuestro en quien hemos de confiar, sino también nuestro Legislador al que hemos de obedecer. — Y juntamente son su camino la institución que El hizo de los siete Sacramentos; pues como vino a darnos la vida sobrenatural, que habíamos perdido por la prevaricación de Adán, y para que la viviésemos participando de la misma vida de El, abrió siete Fuentes de esa vida divi-

na de la Gracia, semilla para la de la Gloria, para que la recibiésemos, creciésemos en ella y la nutriésemos; o la recobrásemos cuando la hubiésemos perdido por el pecado mortal, o la aumentásemos durante toda nuestra vida. También para vivir dignamente en el estado Sacerdotal o en el Matrimonio.

Estas leyes, preceptos y consejos de Jesús, y esta su Institución de los Sacramentos pertenecen a la organización del Reino de Dios y juntamente son el camino, el medio para alcanzarlo.

Y no hay otro camino; pues el mismo Jesús que nos da maravillosos ejemplos de cuanto instituyó y legisló, dice de Sí mismo: «Yo soy el Camino». Por eso, siguiéndole a El, y guardando con fidelidad lo que nos mandó y lo que instituyó para nuestra vida sobrenatural, vamos seguros, pues vamos por el verdadero camino.

2.º Para recorrer ese camino, necesitamos luz y fuerza; luz que nos alumbre y alimento que nos sostenga y fortalezca.

La luz es la doctrina evangélica; o sea, las verdades reveladas por Jesucristo; y la virtud sobrenatural de la fe, que nos ha infundido en el Bautismo, para que creamos todas las verdades reveladas por el Divino Maestro, y vivamos conforme a ellas, ajustando la vida a la creencia.

Y es luz segurísima e indeficiente, pues siempre alumbra el camino, y nuestros pasos por él. A esas verdades reveladas y a nuestra fe en ellas, se refirió Cristo frecuentemente en las parábolas del Reino, como cuando, por ejemplo, nos hizo ver en la parábola del grano de mostaza, que

nuestra fe ha de ser muy viva por el fervor de la caridad, y muy segura por la pequeñez de nuestra sincera humildad.

Y si la luz de nuestro camino es la fe, el alimento que nos nutre para caminar por él, y no desfallecer, es doble: el alimento de la palabra de Dios, revelada en la Biblia y en la Tradición Apostólica, y anunciada o explicada conforme al Magisterio vivo de la Santa Iglesia; y el alimento preciosísimo y grandemente nutritivo del Cuerpo y Sangre de Cristo en la Sagrada Eucaristía.

Teniendo, pues, tal luz y tal alimentación, ya podemos y debemos caminar.

3.º Y el hecho mismo de caminar, recorriendo el camino que Cristo nos ha trazado, y en pos de El, no es otro que el ejercicio de las virtudes, la práctica de las buenas obras, las que son conforme a la voluntad de Dios, haciendo siempre lo que a El le agrada, a imitación de Jesús.

Son las obras vitales de la vida divina de la Gracia, que Cristo nos mereció; la que el Espíritu Santo, vivificante, nos infundió con su acción inmediata en el Santo Bautismo.

Vino Cristo, como El nos lo dijo, para que tuviésemos esa vida sobrenatural, que es una participación inicial en la tierra, de la naturaleza y de la vida de Dios; y nos la mereció Cristo y nos la dio, para que la viviésemos plenamente. Y por eso decimos con toda propiedad que el ejercicio de las virtudes sobrenaturales, o sea la práctica de las buenas obras, hechas en gracia de Dios, con la fuerza de las virtudes teologales y morales, que junto con la gracia santificante se nos infundieron en el Bautismo; obras hechas con la ayuda de las luces y mociones del Espíritu Santo;

obras merecedoras de vida eterna, son realmente el hecho mismo de emprender nosotros el camino, andar por él, recorrerlo con firme constancia, en dirección siempre al Reino consumado y eterno de Dios en el Cielo.

¡Qué bueno y providente se nos muestra Cristo Nuestro Señor! — Porque en realidad él mismo que nos hace el gran encargo de: «buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia», o sea los medios para alcanzarlo, nos revele y nos enseñe esmeradamente, por medio de preciosas semejanzas en sus parábolas, qué es el Reino de Dios; el del destierro y el de la Patria; el Reino de los cielos que se inicia en la peregrinación terrena, y se consume en el término final y eterno. Y lo hace Jesús tan perfectamente, que revelándonos las grandezas y las dichas del Reino de Dios, sus valores supremos y lo que nos importa, la trascendental importancia que tiene el buscar y hallarlos que de este modo nos lleva a una altísima estima y a un sumo aprecio de su Reino; y así, conociéndolo, estimándolo y amándolo, sea el Reino de Dios lo primero que busquemos.

Y después de esto, nos declara y nos hace entender lo que el Evangelio llama «justicia»; es decir, los medios para alcanzar el Reino de Dios, según lo acabamos de ver.

Y para poner en práctica estos segurísimos medios, nos previene el Señor, nos ayuda y nos lleva hasta el fin, con su gracia. Lo que nos corresponde a nosotros es obedecer a Quien nos dio tan soberano encargo, y nos dio los medios de alcanzar el Reino de Dios; obediencia al Divino Rey del Reino de los Cielos, y a su Vicario y representante en la tierra, el Papa.



SANTA MARGARITA: VICTIMA DEL AMOR I

«Sine dolore non vivitur in amore»

T. DE KEMPIS



La devoción al Divino Corazón de Jesús tiene como puntos nucleares el amor y la reparación de nuestras faltas con el sacrificio. Estos fueron los signos que Cristo quiso comunicar al mundo por medio de su evangelista Santa Margarita María de Alacoque. Pero para que estas dos características se comprendieran mejor, quiso que ella misma los ejerciera con el ejemplo de su vida.

El Sagrado Corazón el día de la profesión de Margarita le dijo:

«Déjame hacer cada cosa a su tiempo, pues quiero que seas ahora el entretenimiento de mi amor, el cual desea divertirse contigo a su placer como hacen los niños con los muñecos. Es menester que te abandones así con otras miras ni resistencia alguna, dejándome hallar mi contento a tus expensas; pero nada perderás en ello.»

Realmente este puede ser el resumen de la vida de Margarita: «el entretenimiento del Amor». En manos de Jesús fue un muñeco. Pasaba de recibir dones y gracias indescriptibles con palabras a ser testigo en su carne de los mismos sufrimientos de Cristo en la cruz. Toda su vida fue una sucesión de estos contrastes que la llevaron a una perfecta unión con el Corazón de Jesús.

Curación milagrosa y sufrimiento familiar

Nació Margarita en Verosvres, pueblo de la Borgoña que por aquellas fechas, 22 de julio de 1647, era región española. Era la pequeña de cinco hermanos y la única niña.

Su padre murió cuando apenas contaba cuatro años y fue llevada a casa de su madrina, que era señora noble.

Aun sin conocer el sentido de las palabras que pronunciaba «consagró su pureza e hizo votos de castidad perpetua», ante las imágenes de Jesús y de María.

De carácter amable, dulce y sensible, Margarita empezó a sufrir a muy temprana edad. A los nueve años cayó enferma sin poderse mover durante cuatro años. Ella misma explica en su autobiografía que «no pudo hallarse otro remedio a mis males que el de consagrarse con voto a la Santísima Virgen prometiéndole que, si me curaba, sería una de sus hijas». Apenas se hizo el voto recibió la salud y a partir de entonces la Virgen «se declaró de tal modo dueña de mi corazón que me gobernaba como consagrada a Ella, me reprendía por mis faltas y me enseñaba a hacer la voluntad de Dios».

Pronto encontró Margarita una forma poco grata a Jesús para gozar de su libertad, pero apenas iniciada el propio Jesús a través del sufrimiento volvió a retenerla para Sí.

«Mi madre se había despojado de su autoridad en casa para trasmitirla a otros; y de tal manera la ejercieron que nunca nos vimos en mayor cautividad. Era una guerra continua y todo estaba bajo llave, que con frecuencia ni aun hallaba con qué vestirme para ir a Misa. Entonces fue cuando comencé a sentir el cautiverio, en el cual tan adentro penetré que nada hacía, ni aun salía de casa, sin el permiso de tres personas».

Estas personas son para Margarita «instrumentos de que se valía el Señor para cumplir Su santa Voluntad. Desde entonces todos sus afectos se dirigirán a buscar su completa dicha y consolación en el Santísimo Sacramento del Altar. Pero no podía ir a la Iglesia sin el permiso de aquellas personas.

En este cautiverio empezó a «conocer el gusto de prestar toda clase de servicios y obsequios a estas mismas personas verdaderas amigas de mi alma» y a sacrificarse por ellas.

Esposa del más perfecto de los amantes

Años más tarde vuelve a solicitarla el mundo para que se case. Su madre derramaba diariamente lágrimas para que cumpliera este deseo suyo. Para contentar a su madre empezó a mirar al mundo.

«Pero Vos único testigo de la grandeza y duración del terrible combate trabado en mi alma, me hicisteis conocer que me sería muy duro y difícil luchar contra el poderoso estímulo de vuestro amor...» En medio de reuniones y pasatiempos me lanzaba (Jesús) flechas tan ardientes que traspasaban mi corazón de parte a parte y lo consumían dejándome como transida de dolor».

La batalla se decidió a favor de su Salvador. Un día después de la Comunión le dijo claramente:

«Yo soy el más bello, el más rico, el más poderoso, el más perfecto y cumplido de todos los amantes, ¿cómo quieres romper tu amistad conmigo? Si me eres fiel no te dejaré jamás, y me haré tu triunfo contra todos tus enemigos.»

¡Hasta cuatro años más tarde no pudo Margarita ingresar en el Monasterio de Paray! Años de penas y combates aunque Jesús le ponía a sus ojos «la belleza de las virtudes y especialmente los votos de pobreza, castidad y obediencia para iniciarme en su práctica».

En el mes de junio de 1671 a la edad de veinticuatro años conseguía ingresar en la orden de la Visitación.

Las vías extraordinarias y la profesión

Desde la entrada en el convento de Paray le Monial, Margarita empezó a ser preparada por Jesús para ser el apóstol del Sagrado Corazón.

La forma de orar que le enseñaba su Maestro no era del agrado de su Superiora, de tal forma que le obligó a salir de la capilla en los ratos de oración y realizar trabajos manuales. En el noviciado ya empezaron sus sufrimientos... y también las gracias.

Jesús la quiere toda para El sin reserva alguna. Margarita no debe quedarse nada.

A la entrada en la Orden, su hermano había ordenado incluir una cláusula por la que no se le obligaría a comer queso, alimento que toda la familia Alacoque, por dificultades fisiológicas, no podía digerir y les causaba náuseas. ¡También quería el Señor este sacrificio de Margarita! Un día, por descuido, la hermana refitolera le sirvió una ración. ¡Rudísima lucha! Durante varias horas quiere y no puede comerlo. «Comí, en fin, aunque confieso no haber sentido nunca tal repugnancia, la cual volvía a experimentar cada vez que me era preciso volver a la lucha, sin dejar de continuarla durante ocho años aproximadamente».

Las vías extraordinarias que pronto pudieron observar las Hermanas en Margarita hicieron diferir la profesión. «¿En qué vendría a parar la Orden si se admitiesen novicias que caminan por esas vías? Conviene esperar un tiempo». Así se expresaba la M. Superiora. El Divino Corazón ponía otra prueba a su discípula. ¿Cómo puede ser que Jesús no la quiera por este camino si El mismo la ha llamado aquí? Margarita importuna al Señor y declara la guerra aun más a su propia voluntad.

«¡Ay Señor mío!, ¿acaso seréis Vos la causa de que no me admitan?»

La nueva Superiora, M. de Saumaise, le pide del Señor que la haga útil a la Orden.

«Te volveré más útil a (esta) Religión de lo que ella cree; pero de una forma que nadie conoce sino Yo. En adelante ajustaré mis gracias al Espíritu de la Regla, a la voluntad de la Superiora y a tus flaquezas, de modo que debes tener por sospechoso todo cuanto te aparte del exacto cumplimiento de la Regla que quiero Yo prefieras a todo lo demás. Cuando tus

Superioras te prohíban lo que Yo te hubiere ordenado y tu antepongas la voluntad de ellas a la Mía, entonces quedaré complacido. Yo solo me reservo tu dirección interior y en particular tu corazón, pues habiendo establecido en él el imperio de mi puro amor, jamás lo cederé a otros.»

Con este fiador no dudó la M. de Saumaise en aceptarla como profesa. Era el 6 de noviembre de 1672.

Las pruebas de amor y las revelaciones

Apenas profesa, Jesús quiere ir complaciendo su obra y abrasar más aun, si cabe, el corazón de Margarita.

«¿Te gustaría padecer todas las penas que merecen tus pecados y los de tus hermanos?»

«Todas, todas, Jesús mío».

Desde entonces, Margarita padeció penas terribles y numerosas. Pero para soportar tales sufrimientos Jesús le va regalando sus gracias. Si aquéllos aumentan también son cada vez mayores las gracias. Si un día la comunica una pequeña parte de sus angustias en Getsemaní, otro día se le coloca en sus brazos en forma de niño resplandeciente y le devuelve la voz perdida.

Sor Margarita se rinde así a la santa obediencia y a su Dueño divino. Empieza entonces la manifestación del Amor a los hombres a través de su «evangelista».

En la fiesta del discípulo amado de 1673 Margarita tiene la primera revelación principal.

«Mi Divino Corazón está tan apasionado de amor a los hombres, en particular hacia ti, que, no pudiendo contener en él las llamas de su ardiente caridad, es menester que las derrame valiéndome de ti y se manifieste a ellos para enriquecerles con los preciosos dones que estoy descubriendo y los cuales poseen las gracias santificantes y saludables necesarias para separarles del abismo de perdición. (...)»

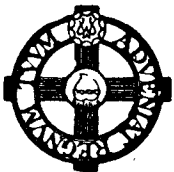
Ha elegido a Margarita, «abismo de indignidad e ignorancia» para que se vea que todo es obra del Sagrado Corazón.

Jesús toma el corazón de Margarita lo introduce en su Corazón adorable y lo saca como llama ardiente volviéndolo a poner en su lugar. «Esta llama, dice Santa Margarita, cuyo dolor me es tan grato, engendra en mí tan vivos dolores que me consume y me abrasa viva no pudiendo tampoco dormir».

El incontenible amor del Sagrado Corazón quiere ser revelado a los hombres a través de Margarita. Ella desea dar a conocer estas manifestaciones a todos sus semejantes pero la M. Superiora no permite su expansión. Margarita sufre mucho porque está entre la voluntad de Jesús y la obediencia. Esta tensión le produjo fiebres elevadas durante largos períodos de tiempo. Se creyó segura la muerte de Margarita.

A partir de las revelaciones aumentaron mucho los sufrimientos que padeció. Jesús quiso valerse de este medio para la expansión de esta devoción.

GERARDO MANRESA PRESAS



INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

DICIEMBRE

GENERAL: *Que la auténtica paz de los corazones lleve a los hombres a establecer sólidamente la paz en la sociedad.*

MISIONAL: *Que los estudiantes y obreros provenientes de las misiones y que viven ahora en naciones de antiguo cristianismo, reciban una mayor asistencia misionera.*

OPORTO Y FATIMA

Ante la beatificación de la Madre María del Divino Corazón, en el mundo Droste Vischering, reproducimos un artículo del que fue uno de los fundadores de CRISTIANDAD y catedrático de la Universidad, Jaime Bofill, publicado en el número 2 de nuestra revista.

El hecho de que desde este momento fundacional, y luego en numerosas ocasiones, CRISTIANDAD hablase de la Beata, no es puramente casual, sino que obedece al importantísimo papel que desempeñó la Superiora del Buen Pastor de Oporto para la difusión de la devoción al Corazón de Jesús. Ella fue el instrumento de que la Providencia se valió para que León XIII consagrara el mundo al Corazón de Cristo.

Es, pues, para nosotros un motivo de gran alegría esta beatificación que queremos sea compartida por todos nuestros lectores.

I

UN sol primaveral que, adelantándose al tiempo, vencía fácilmente la neblina que, cada mañana, se eleva como un vaho de las calles de Barcelona, iluminaba, una tarde de primeros de febrero, el espectáculo de la «rúa», que, como cada año, trans-

curría en las Ramblas. Era domingo de Carnaval, hace exactamente cincuenta años.

El «entierro de la sardina» llevó, el miércoles de ceniza, mucha afluencia de gente a las laderas de Montjuich, para hacer exhibición pública de la infracción de la ley de ayuno y abstinencia; y por las noches, aquel mismo gentío estaba solicitado por toda clase de espectáculos, que iban degenerando rápidamente en su dignidad.

Otras manifestaciones más impresionantes, si no más trágicas, tenían lugar, sin embargo, en el ambiente de la Ciudad Condal. En efecto: la bomba que había estallado en el Liceo, hacía cuatro meses justos, no constituía un hecho aislado, sino que los atentados anarquistas se sucedían con frecuencia. Justamente, la Policía descubrió, por aquella fecha, un importante depósito de dinamita en la vecina villa de Gracia; y sólo la actividad del somatén lograba evitar que se extendiesen por

Cataluña los saqueos que estaban devastando el campo, en otras regiones españolas.

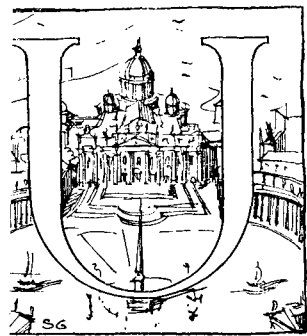
Y ¿qué ocurría fuera de España? En aquellos días, en medio de un gran despliegue de fuerzas y de las mayores precauciones, acababa de ser ejecutado Vaillant, el anarquista francés que había intentado hacer volar la Cámara; y estas noticias del extranjero repercutían en Barcelona, como en todas partes, aplanando o excitando los ánimos más reflexivos.

Así, no es de extrañar que, cuando el domingo, durante una función de desagravio celebrada en una de las parroquias de la ciudad, se desplegó una araña del techo con el consiguiente estrépito, se produjera la natural alarma y el mismo oficiante se volviera sobresaltado.

Únicamente una joven de unos treinta años, bella, esbelta, de facciones que acusaban inconfundiblemente su origen alemán, dominó su miedo y su curiosidad y continuó, recogida, su oración. La viajera vestía el hábito del Buen Pastor, y nadie hubiera sospechado en ella a la mayor de las hijas de los condes de Droste Vischering, cuyo padre formaba parte del Reichstag, en las filas de Windhort, y que tenía por tíos carnales a tres obispos, célebres en las luchas de la Fe.

* * *

Han pasado cuatro años. El Carnaval sigue aún su «rúa». Pero esta vez no lo contemplamos



desde las playas del Mediterráneo, sino desde las del Atlántico. Un gran edificio, apartado del centro de la ciudad, con un jardín adornado de hermosos naranjos y limoneros, domina los demás edificios que se extienden a sus pies y la campiña que los circunda; campiña célebre por los vinos que produce en ella la suavidad de su clima.

La joven que hace cuatro años habíamos encontrado de paso en Barcelona, es ahora superiora del convento del Buen Pastor, de Oporto. Desde hace tiempo, yace inmovilizada por una enfermedad medular; pero su habitación comunica, por una pequeña ventana, con la capilla de la casa, y ha pasado dos horas ante el Santísimo.

Arde en deseos de expiar los crímenes que en este día de Carnaval se cometen, y renueva al Corazón de Cristo el sacrificio que otras veces le ha hecho de todo su ser.

«Eres la Esposa de mi Corazón», habíale dicho el Señor, un tiempo antes; y desde entonces, no anhelaba otra cosa que verse clavada con El en la cruz.

La enfermedad dolorosísima que está sopor-tando, no puede arrancarle la menor queja de impaciencia: trata sólo de aprovecharla lo mejor posible, para hacer más perfecta su inmola-ción.

Pero un sacrificio más grave va a pedirle el Señor; un sacrificio que le exigirá al dominar sus sentimientos más íntimos: debe dirigirse al Papa para rogarle que lleve a efecto la consagración de todo el género humano al Sagrado Corazón de Jesús.

Veinticinco años habían pasado desde que Pío IX, respondiendo a instancias recibidas del mundo entero, había hecho circular a todos los Obispos una fórmula de consagración que había de ser rezada por ellos, por sus sacerdotes y por los fieles. Era como una consagración de la Iglesia al Corazón de Cristo. Pero lo que el Señor pide ahora, repetidamente, a la religiosa de Oporto, es algo más: es la consagración de todo el orbe. «Su divino Corazón tiene hambre y sed: desea abrasar al mundo entero en las llamas de su amor y de su misericordia...» «Llamábame esposa de su Corazón y, como esposa, me hacía este ruego: escribir a Roma cuanto antes. ¿Podía yo rehusarlo?»

Este mensaje impresionó a León XIII. «Hay en el mundo —dijo a un visitante— almas santas que reciben comunicación del cielo... ¿Qué diríais si alguien os manifestara un pensamiento

conservado, desde tiempo, en el fondo de vuestro corazón, sin haberlo comunicado a nadie? Es lo que me ha sucedido a propósito de la Consagración del Universo al Sagrado Corazón de Jesús.»

Transcurren varios meses. La enfermedad vuelve a postrar a la Madre, después de estos hechos. Un tercer Carnaval viene a desarrollarse a los pies de su convento, mientras ella no ha vuelto aún a su estado ordinario. No obstante, su director espiritual, Rector del Seminario, recibe aquel día este billete, escrito con lápiz: «Ayer no tuve tiempo de pedirlos permiso para suplicar al Señor que aumente mis sufrimientos en los días de Carnaval; ¡lo deseo tanto!»

Por la humildad, la oración y los sufrimientos, el Señor cuidaba de reparar y conservar a su Esposa para ser una embajadora perfecta de sus planes, ante su Vicario en la tierra.

* * *

Volvamos a Roma. Siguiendo el prudente criterio que siempre había servido de norma a sus predecesores en el Solio Pontificio, León XIII quiso apoyar su decisión en otras bases que en una revelación privada: consultó a diferentes teólogos. Esta era la causa de la dilación dada al asunto que nos ocupa. La idea de consagrar al Redentor almas extrañas a la Iglesia, encontró algunas oposiciones; pero el Cardenal Mazella, prefecto de la Congregación de Ritos, las dispuso al recordar que, tanto San Agustín como Santo Tomás, exponiendo la doctrina de la Iglesia, enseñan que, si bien el infiel no está sometido a Jesucristo en cuanto al *ejercicio* de su poder —*quantum ad executionem potestatis*—, todo hombre, sea quien sea, le está sometido en cuanto a este poder mismo —*quantum ad potestatem*—, y que uno y otro autor no hacen más que apoyarse en la doctrina de San Pablo, cuando enseña que «el Cristo se ha entregado para la redención de todos».

El 25 de mayo de aquel año —1899—, aparecía la Encíclica «Annum Sacrum»; la Madre María del Divino Corazón —tal era su nombre en el claustro— había fallecido pocos días antes.

* * *

¿Y la consagración al Corazón de María, hace un año efectuada por el Papa actual, en circuns-

tancias especialmente trágicas, que, por desdicha, aun perduran?

Otro nombre portugués, otro nombre de la nación vecina, va de nuevo enlazado con ella: Fátima. La sucinta exposición de estos hechos va a constituir la segunda parte de este artículo.

II

El año de 1917, tercero de la guerra europea, estuvo caracterizado por un hecho de la mayor trascendencia: el hundimiento político y militar de Rusia.

Inmediatamente, la fina balanza de la guerra reacciona ante ello, y su fiel se inclina, por un tiempo, del lado de los imperios centrales. Italia nota pronto sus efectos; y así, el día 20 de octubre, sufre la derrota del Isonzo, que amenaza ponerla en condiciones análogas a las de Bélgica y Rumanía. Los países de la «Entente» corren en su auxilio, y buscan en los Estados Unidos, y también en el Japón, la manera de reforzar sus efectivos.

Una semana antes, día por día, acontecimientos de naturaleza muy distinta se suceden en Portugal. Soportando torrencial lluvia, una multitud de cincuenta a setenta mil personas, animada de los sentimientos más diversos, está esperando que se produzca *una aparición de la Virgen, anunciada de antemano*. En efecto: por espacio de cinco meses consecutivos, ha venido apareciéndose a los hermanos Francisco y Jacinta Marto, y a su prima Lucía —los tres, pastores y menores de diez años—; y durante este tiempo, la curiosidad de sus convecinos, la incredulidad de los prudentes y el sectarismo de las autoridades locales les ha hecho sufrir ya muchas penalidades.

¿Qué les manifestará hoy la Virgen?

A la hora fijada, no falta la Señora a la cita. Lucía, única en dirigirle la palabra, se atreve a preguntar: «¿Quién sois Vos y qué queréis de mí?»

Y la visión le responde que es Nuestra Señora del Rosario; que no se ofenda más a Dios, que es ya en demasía ofendido, y que se rece el Rosario y se pida perdón de los pecados.

Cuatro meses antes ya les había dicho: «...Sabad que está próximo el castigo del mundo por sus muchos delitos, mediante la guerra, el hambre y las persecuciones contra la Iglesia y contra el Padre Santo. Para impedir esto, vendré a pedir la consagración del mundo a mi Corazón Inmacu-

lado y la comunión reparadora los primeros sábados de mes. Rusia se convertirá y habrá paz...»

Poco tiempo después, el 7 de noviembre, estalla contra el Gobierno provisional ruso la revuelta bolchevique. Todos sus miembros son detenidos, excepto su presidente, Kerensky, que logra escapar. El nuevo gobierno pacta la paz, concede la independencia a Finlandia... La era comunista había empezado en Rusia.

«Al fin, mi Corazón Inmaculado triunfará.» Con estas palabras, sin embargo, había terminado la Virgen su pronóstico de los males que iban a azotar al mundo, caso de que desoyese su llamamiento: «Una propaganda impía difundirá por el mundo sus errores, suscitando guerras y persecuciones contra la Iglesia; muchos buenos serán martirizados, el Padre Santo tendrá mucho que sufrir...», pero «al fin, mi Corazón inmaculado triunfará».

La consagración del mundo al Purísimo Corazón de María debe ser el primer galardón de este triunfo. Y como garantía de la verdad de estas palabras, no solamente Lucía y sus primos, sino todas las personas presentes en la «Cova de Irla», aquel día 13 de octubre, son testigos de un portentoso estupendo, de naturaleza jamás vista hasta entonces: el disco solar aparece presa del vértigo del movimiento. No es el centelleo de una estrella, sino que gira sobre sí con una velocidad arrolladora, lanzando en todas direcciones fajas de luz de los colores más variados, como el más brillante de los fuegos artificiales.

Y, de repente, de la muchedumbre embelesada sale un clamoreo, cual grito de angustia: el sol, conservando su velocidad de rotación, se desprende del firmamento y avanza sobre la tierra, amenazando aplastar a todos bajo el peso de su ingente mole de fuego...

* * *

«Yo soy la Inmaculada Concepción», había dicho María a Bernadeta Soubirous, en la cueva de Lourdes. «Reinaré», había afirmado, unos siglos antes, el Corazón de Cristo a Santa Margarita María de Alacoque. Y estos dos dramas celestiales, que tuvieron en Francia su origen, han tenido, uno y otro, en Portugal, su epílogo.

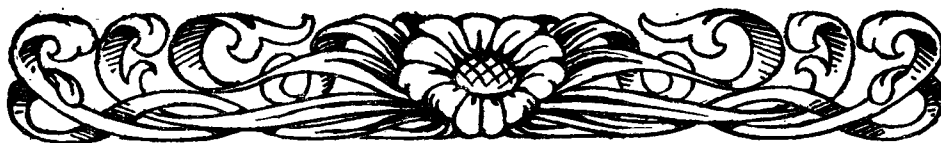
¿Qué relación guardan entre sí la Consagración del mundo entero al Corazón de Jesús, llevada a efecto por León XIII al expirar el siglo, y la reciente consagración al Corazón de María, que

se ha presentado acompañada de un notable renacimiento de fervor hacia la Inmaculada Madre de Dios?

A propósito de las revelaciones de Fátima, se ha hablado de la misión providencial de Portugal, y los católicos del mundo entero se han congratulado con sus hermanos de esta nación, recordando su tradicional apelación de «tierra de la Virgen». Y, sin embargo, no se ha hecho notar

hasta ahora, que sepamos, que, *no una, sino dos* consagraciones, llevadas a cabo por los Pontífices de la Iglesia Católica, han recibido su último impulso desde la nación vecina. Parece que estas preferencias exigen de ella una especial correspondencia a la gracia. Baste, para este artículo, haber hecho resaltar esta providencial coincidencia.

JAIME BOFILL



EZEQUIEL MORENO Y DIAZ

NARCISO TORRES RIERA

El 1 de noviembre del presente año Su Santidad el Papa Pablo VI beatificó al Rvdo. Obispo de Pasto (Colombia), fray Ezequiel Moreno y Díaz. Nació en Alfaro en 1848 de familia humilde. En 1865 entró en la Orden religiosa de los Agustinos Descalzos. Sus superiores lo destinaron a Filipinas, donde fue ordenado sacerdote en 1871. En 1885 pasó a ser prior del convento de Monteagudo en Navarra, cargo en el que duró pocos años, pues se ofreció como misionero en Colombia para restaurar la «provincia religiosa» de la Candelaria. Por ello en 1889 lo encontramos en Bogotá ejerciendo su apostolado. En 1893 la Santa Sede instituye en Casanare un vicariato apostólico, del que hizo responsable al padre Ezequiel Moreno, a la vez que lo nombraba obispo titular de la dió-

cesis de Pinara. En 1896 es trasladado a la diócesis de Pasto, desde donde va desarrollando una intensa e incansable lucha contra el liberalismo y la masonería.

Aconsejado por el clero y los fieles de su diócesis decide venir a España en busca de salud y reposo; llegó incluso a solicitar a su Santidad León XIII una renuncia por la cual deseaba cesar en el cargo que ostentaba, a lo cual Su Santidad respondió: «Volved a Pasto, porque de obispos como vos tiene necesidad el mundo». Sin embargo, ello ya no fue posible, pues aquejado de una penosa y larga enfermedad murió el 19 de agosto de 1906 en una pequeña celda del colegio de Monteagudo, en donde antes había sido prior.

La llegada del padre Ezequiel Moreno a Colombia está rodeada de unas circunstancias muy especiales. En agosto de 1875 muere García Moreno, el gran presidente católico del Ecuador. Tras su muerte las ideas liberales apoyadas por la masonería se adueñaron del país. El arzobispo Checa fue víctima de este retroceso diabólico al ser asesinado en Quito al pie del altar. Así mismo el nuevo gobierno desterró del Ecuador a los obispos de Loja y de Portoviejo e incluso fueron proscritas las órdenes religiosas. En Colombia, país vecino del Ecuador, los liberales también realizaron la campaña de desprestigio hacia la Iglesia para destruirla. Después de la constitución híbrida de 1858 sube al poder el dictador liberal-radical Tomás C. de Mosquera, quien lo primero que hace es desterrar a todos los obispos del país, entre los que se encuentra su propio hermano, arzobispo de Bogotá, quien murió en el exilio. Este tirano, siguiendo además el ejemplo del masón español Mendizábal, incauta los bienes de la Iglesia. El único resultado es la anarquía. Surge, pues, una pequeña guerra civil en 1884 que ganaron los conservadores, entre los que destaca Briceño.

En 1895 vuelve a producirse una pequeña revuelta, pero salva la situación el general Reyes. En 1899 tiene lugar otra revolución instigada públicamente por los liberales del Ecuador, que duró tres años y fue muy sangrienta.

Al final venció el espíritu tradicional del pueblo colombiano: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Fue este pueblo, que bajo la protección del amor de Dios rechazó a sus enemigos. Era el pueblo que leía con avidez las cartas y pastorales de Monseñor Ezequiel Moreno y Díaz. Del Ecuador entraban en Colombia periódicos, malos ejemplos y malos consejos dirigidos por los liberales y masones con el fin de destruir la iglesia colombiana. Es precisamente el 10 de junio de 1896 que Ezequiel Moreno, entre estas circunstancias difíciles, es nombrado obispo de Pasto. Como si entablase una lucha sin tregua, Ezequiel Moreno

no cesó de repetir que **EL LIBERALISMO ES PECADO**. Por defender la fe católica tuvo Ezequiel Moreno que sufrir insultos, vejaciones y toda suerte de ignominias y acechanzas. Ezequiel Moreno solía decir que él no tenía nada en contra de las «personas liberales», sino que él luchaba contra el demonio, príncipe de todo mal, y por ello tenía que declarar los errores pecaminosos de los liberales como pastor que cuida de sus ovejas.

Ezequiel Moreno fue un gran defensor de la familia católica. El matrimonio civil es un pecado liberal. Ezequiel Moreno es también un gran devoto del Sagrado Corazón de Jesús y de San José, a quienes dedica gran parte de su vida y de sus escritos. Entre sus libros, Ezequiel Moreno tiene «El liberalismo es pecado», escrito en Sabadell el año 1884 por el catalán Sardá y Salvany, nombre que posteriormente se convirtió en el título de una editorial barcelonesa, en donde se imprimieron los primeros números de nuestra revista **CRISTIANDAD**; la elección de dicha editorial no fue el fruto de una casualidad, sino que con ello se quiso significar una actitud hoy todavía vigente. La presente referencia al padre Ezequiel Moreno y Díaz es no sólo para subrayar su actitud, con la que estamos unidos estrechamente, sino para explicitar su intención central, es decir, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, cuya realidad es lo que dio, da y dará vida a **CRISTIANDAD**.

Tan grande fue el odio que Ezequiel Moreno tenía al liberalismo que en su testamento figura el deseo de que en sus exequias se pusiera un cartel a la vista de todos con la siguiente frase: **EL LIBERALISMO ES PECADO**. Para mostrar el vigor y la fuerza de los escritos del padre Ezequiel Moreno y Díaz exponemos a continuación un ínfimo exponente de su obra escrita. Para ello he seleccionado algunos textos de «Cartas, Pastorales, Circulares y otros escritos del Ilmo. y Rvdmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz», imprenta de la hija de Gómez Fuentenebro, Madrid 1908.

NECESIDAD CRISTIANA DE LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Necesidad Cristiana de la devoción al Corazón de Jesús

Grande, muy grande es nuestro gozo por saber que la diócesis que entramos a gobernar está ya consagrada al Divino Corazón de Jesús, y que por toda ella está ya extendido el Apostolado de la Oración. Siendo, como ha sido, y seguirá siendo, nuestro escudo el Sagrado Corazón de Jesús, y confesando en ese mismo escudo, como confesamos, que ese dulce y amable Corazón es nuestra fortaleza y nuestro refugio, nuestra alma no puede menos de rebosar de contento y alegría, al saber que entre nuestra nueva grey se le profesa devoción y se le rinde culto. ¿Y cómo pudiera ser otra cosa? ¿Cómo no habíamos de experimentar la más grata satisfacción al ver que se rinde homenaje al Sagrado Corazón de Jesús, después que dijo el gran Pío IX, y ha repetido el sabio León XIII, que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús ha de ser la salvación del mundo, y que es el remedio para los grandes males que sufren las modernas sociedades? ¿Y quién no ve, en efecto, en ese Corazón Divino el remedio para los males que padece el mundo actual?

La Virgen María es la mediadora de todas las gracias

Amad también con todo corazón, y tributad un culto tierno y filial a María Santísima, excelsa Madre de Dios y cariñosa Madre nuestra, porque sabido es, que no baja gracia alguna del cielo a la tierra, que no pase por sus benditas manos, según enseña San Bernardo.

No se puede conciliar el liberalismo con el Cristianismo Católico

Habló, pues, la Iglesia prohibiendo las conciliaciones entre católicos y liberales, y habló de

un modo tan enérgico, tan expresivo, tan terminante, que no deja lugar a dudas. Si, pues, habló la Iglesia y condenó esas conciliaciones, no se deben ni se pueden proponer ni aceptar, y los que las proponen y los que las aceptan obran en contra de lo que enseña y quiere la Iglesia.

Es preciso enseñar esta doctrina en tono tan alto, que todos la oigan, y de un modo tan claro, que todos la entiendan. Yo, haciendo más las palabras de Pío IX, y aplicándolas a nuestra actual situación, concluyo este capítulo diciendo: Nos hallamos en días de confusión y desorden, y en estos días se han presentado hombres cristianos, católicos (también un sacerdote) lanzando a los cuatro vientos palabras de término medio, de transigencia, de conciliación. Pues bien, yo tampoco titubeo en declararlo; esos hombres están en un error, y no los tengo por los enemigos menos peligrosos de la Iglesia. No es posible la conciliación entre Jesucristo y el diablo, entre la Iglesia y sus enemigos, entre catolicismo y liberalismo. No, seamos firmes: nada de conciliación, nada de transacción vedada e imposible. O catolicismo o liberalismo. No es posible la conciliación.

Necesidad aclamar a Dios

¡VIVA DIOS! Millones de millones de veces ¡VIVA DIOS! y siempre ¡VIVA DIOS!

Tal es el grito que damos con toda nuestra alma y con deseos de que sea repetido por los fieles en todos los pueblos de nuestra Diócesis, para que las enseñanzas de los Directores del periódico *El Eco Liberal* sean contrarrestadas, y sepan esos directores que se puede gritar ¡VIVA DIOS!; que ese grito agrada a Dios cuando se da en su alabanza; que recibe mucha gloria con él, en especial en ciertas circunstancias, y que, como consecuencia, hacen muy mal al enseñar otra cosa, porque es un error.

Fórmula de consagración al Sagrado Corazón de Jesús

Jesús dulcísimo, Redentor del género humano, míranos postrados humildemente ante tu altar. Tuyos somos y tuyos queremos ser; y para unirnos más íntimamente a Ti, hoy nuestro corazón se consagra espontáneamente a tu Sacratísimo Corazón. Muchos, jamás te han conocido; muchos, despreciando tus mandamientos, te han repudiado. Apiádate, benignísimo Jesús, de los unos y de los otros, y atráelos a todos a tu santo Corazón. Seas Rey, Señor, no sólo de los fieles que jamás se han apartado de Ti, sino también de los hijos pródigos que te han abandonado: haz que vuelvan pronto a la casa paterna para que no perezcan de miseria y de hambre. Seas Rey de aquellos a quienes tienen engañados las opiniones erróneas, o separados la discordia, y tórnalos al puerto de la verdad y de la unidad de la fe, para que presto haya un solo rebaño y un solo pastor. Seas Rey, en fin, de los que viven en la antigua superstición gentilica, y no rehuses trasladarlos de las tinieblas a la luz y reino de Dios. Concede a todas las naciones la tranquilidad del orden; haz que del uno al otro polo de la tierra resuene una voz. Alabanza sea al Divino Corazón, por quien se nos ha alcanzado la salud: a El gloria y honra por todos los siglos. Amén.

El más tierno consuelo: La Eucaristía

El amor de Jesucristo a los hombres en la Eucaristía traspasa toda regla, y no puede apreciarse según las normas humanas. Si decimos que Jesús en la Eucaristía dejó exhaustos los tesoros divinos, y agotó las luces de la sabiduría infinita, y concluyó con su omnipotencia, nada decimos que no sea ajustado a lo que ya dijo mi Gran P. San Agustín. Sí; según esa Aguila de los Doctores, la Sabiduría Divina no supo darnos un don más excelente que la Sagrada Eucaristía; la omnipotencia no pudo darnos más; la riqueza divina no tenía ni tiene cosa de más valor. No es posible que el amor de Jesús vaya más allá, ni que su Divino Corazón, con ser el Corazón de Jesús, pueda inventar manera más delicada, más tierna y más cariñosa de amarnos. ¡Jesús, Dueño de nuestras almas...! ¡Cuán grande y cuán maravilloso es vuestro amor...! Ya que por una monstruosa ingratitud hay hombres que no sólo no cantan alabanzas de reconocimiento, sino que escupen blasfemias y aún os ultrajan de hecho

en vuestro Sacramento de amor, haced que nosotros, por gratitud al amor que nos habéis manifestado y manifestáis aún en la Eucaristía, repararemos esas injurias con alabanzas, adoraciones, sacrificios y amor...!

Los católicos pueden luchar con armas en la defensa de su fe

Muchos, muchísimos han tragado ya el veneno sin sentirlo, y escriben a lo liberal, y hablan a lo liberal, y obran a lo liberal, habiendo figurado antes en el campo de las ideas sanas.

Siendo, pues, atrevida y alarmante la actitud del enemigo, y grande el peligro para las almas, necesario es luchar con valor cristiano, si no queremos figurar en la milicia de Jesucristo como soldados cobardes e indignos de su nombre. No se trata de que cada católico coja su fusil, ni excito a nadie a que lo coja, porque los enemigos no se presentan aún con fusiles; si se presentaran con ellos, entonces harían bien los católicos en coger también fusiles, y salirles al encuentro; porque si un pueblo puede guerrear por ciertas causas justas, mucho mejor puede hacerlo para defender su fe, que proporciona medios, no sólo para ser felices en cuanto cabe serlo en la tierra, sino también para conseguir la verdadera y eterna felicidad para que fue criado el hombre. Si no hubiera derecho para guerrear en este caso, no lo habría en ningún otro, porque todos los otros justos motivos que puede haber son muy inferiores al de la conservación de la fe de un pueblo que se halla en posesión de ella. Pero no se trata de la lucha de sangre, repito, ni excito a ella. ¡Ojalá no la veamos nunca! Sólo digo que, en vista de cómo el liberalismo se propaga, y de la altivez y arrogancia con que se presenta, superiores e inferiores, eclesiásticos y seglares, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, hombres y mujeres, todos estamos en el deber de defender nuestra fe de la manera lícita que cada uno pueda, y de luchar contra el liberalismo, impedir su propagación, y acabar, si es posible, con sus doctrinas y sus obras.

El liberalismo es un adefesio

Los secuaces del liberalismo que abandonan a Dios y para nada se cuidan de El en el gobierno de los pueblos, se ven, en efecto, como dice el Profeta, humillados y castigados en sus gobiernos. Gobierno liberal es ya de suyo una humillación,

porque es *sí y no*; es una contradicción, es un adefesio. ¿Qué es la ley dentro del liberalismo? Es una contradicción con sus libertades. ¿Qué es delito dentro del liberalismo? No lo hay ni puede haberlo de acuerdo con sus libertades. ¿Qué es pena dentro del liberalismo? Crueldad, y nada más, porque no hay delitos.

Promesas del liberalismo: anarquía y despotismo

Las perturbaciones no cesan, porque no cesa la causa que las produce; y lejos de cesar estas perturbaciones, cada vez tienen que ser más hondas y más desastrosas. El anarquismo es consecuencia legítima del liberalismo, o más bien, el anarquismo es el liberalismo más puro, el más refinado, la esencia del liberalismo, y ¡cosa rara! esos liberales puros y netos hacen temblar a los gobiernos liberales. Razón tienen para temblar, porque vienen, vienen sobre las naciones que abandonaron a Dios, el castigo y la humillación; vienen las consecuencias del liberalismo, que forzosamente tienen que venir; vienen los asesinatos, los robos, los incendios, las ruinas, la confusión, el espanto, el pavor, la sangre y la muerte. Viene el anarquismo, pero furioso, y este infernal aborto del liberalismo castigará a quien le dio el ser. El liberalismo lleva su castigo en su mismo horrendo pecado: es fiera que se devora a sí misma.

La anarquía siempre produce el despotismo, y los que no quisieron llevar el yugo suave y la carga ligera del Señor, tienen que sufrir en la política los fautores del liberalismo, que no hacen sino aplicar a las costumbres y acciones de la vida los principios sentados por los naturalistas.

El Falso Patriotismo

¡Maldito sea mil veces el patriotismo que prefiere la patria a la Religión, y sea todavía más veces maldito el patriotismo que llega a decir que la patria es la Religión, y el culto, y todo, como se lee en uno de los papeles que circulan! ¡Cuántos daños causa a la patria y a la Religión ese falso patriotismo...! ¡Cuán cierto es que muchas veces se sacrifica la Religión a la patria, con perjuicio de ambas cosas! Hay hombres de esos que dan de grandes y entusiastas patriotas, que no pueden sufrir con paciencia el solo nombre de *extranjero*, aunque se trate de cosas que atañen al bien de la Religión. No permite a esos hombres su falso patriotismo considerar y ver que la

palabra *extranjerismo* carece, en rigor, de sentido cuando se aplica a cosas de Religión, y que, además, con esa conducta se antepone la patria a la Religión, con perjuicio de una y otra.

La unidad de fe y de jerarquía hacen un solo pueblo de todos los católicos. Desde el día de la grandiosa regeneración verificada en el Cenáculo de Jerusalén con la bajada del Espíritu Santo, ya no hubo diferencia entre judío y romano, entre bárbaro o griego, y ahora debe haberla menos entre inglés o francés, africano o asiático, colombiano o ecuatoriano. No nos deben dividir a los católicos, en concepto de tales, las fronteras territoriales, sino las morales de la doctrina. Un incrédulo, o un liberal colombiano, por ejemplo, debe ser para los buenos católicos colombianos, más extranjero que el buen católico que anda por el rincón más apartado de la Oceanía.

Ese patriotismo falso, que antepone la patria a la Religión, perjudica, además, a las dos cosas, como hemos dicho. Perjuicio causan, por ejemplo, a la Religión y a la patria los que miran, con un desagrado que no pueden disimular, a beneméritos Sacerdotes y Religiosos extranjeros, que tanto bien hacen a las almas, y por consiguiente a la Religión y a la patria. El falso patriotismo de esos hombres rechaza esos buenos servicios que pudieran prestar los extranjeros a las almas y a la Religión, y causan como consecuencia perjuicios incalculables a la misma patria, que dicen aman tanto. Hemos puesto ese ejemplo y podríamos poner otros.

¡Católicos! No hagáis caso de lo que pueda decirse el falso patriotismo. Seguid en vuestra unión, en vuestro mutuo afecto, en íntima amistad y cariñosa fraternidad, basada en la unidad de creencias, en la caridad cristiana y en el deseo de ver a Jesucristo reinando en todas partes.

La perversidad de la masonería

Es un hecho innegable que existe una vasta asociación, no oculta, sino visible y casi oficial, que cuenta por millones los afiliados, unidos todos con juramento para arrancar del todo, si pudieran, o disminuir al menos, el reinado de Jesucristo sobre la tierra. Oculta y escondida esa asociación hasta hace unos años, hoy aparece y se presenta en público organizada, con jefes conocidos, con subalternos, con centros en todas las naciones. Es la iglesia de Satanás, que ha declarado y hace guerra a muerte a la Iglesia de Jesucristo, con pretensiones de triunfar sobre ella.

Esa asociación se llama *masonería*, y en su deseo de destronar a Jesucristo y establecer en la tierra el reino de Satanás, trabaja con un afán que sorprende y con unos resultados que harían temer por la Iglesia de Jesucristo, si no estuviera la promesa de que el infierno no prevalecerá contra ella... Bueno es advertir que hay hombres que no son masones por no haber puesto su nombre en los registros de la Masonería, pero que, sin embargo, profesan y practican las doctrinas del masonismo, que son las del liberalismo. El poder de las logias no sería tan temible, si no les ayudasen los liberales sectarios del masonismo, aunque no suscritos en la Masonería.

Vamos a una enorme catástrofe

Cuanto más dé a Dios una nación, tanto más le obliga a mirar por ella, cuidarla y defenderla; pero si por respetos humanos, mal entendidos, los que representan la nación no se cuidan de darle la gloria posible, se le da motivo para que retire la especial protección con que la cuidaría... Estamos rodeados de peligros, y amenazan nuevas tormentas. Los enemigos de la Religión y de la patria no cesan en su empeño de arruinarlo todo, y multiplican sus ataques, no sólo en el campo de batalla, sino también en el campo de las ideas y de las costumbres, para llevar el error al entendimiento y el vicio al corazón... Están a la vista los síntomas que anuncian que caminamos a una espantosa catástrofe, y ésta viene si los buenos católicos unidos no se esfuerzan por detenerla. Únanse, pues, con ese fin los que han permanecido en pie en medio de esas caídas, y no han doblado la rodilla ante el ídolo nefando llamado *liberalismo*. Únanse los que no se han dejado seducir, ni por sofismas que ilusionan, ni por ejemplos que arrastran, y firmes en sus creencias, alzan resueltamente la bandera del Catolicismo, pero hermosa, limpia y sin la menor mancha de error liberal, y la tienen desplegada enfrente del enemigo, resueltos a defenderla a costa de su sangre y de su vida. Únanse, en fin, los católicos; pero sólo los católicos que sean antiliberales, pues sólo así se puede esperar victoria contra el liberalismo, doctrina la más infame y desastrosa de los siglos.

Imposibilidad de cooperar con los liberales

Según esa enseñanza (la Encíclica *Libertas* del Papa León XIII), los liberales serán tanto más

prácticos, cuanto más adheridos estén a los principios liberales, y más empeño pongan en aplicarlos a las costumbres y acciones de la vida.

De esos liberales son: el jefe de nación que da decretos liberales, el ministro que da órdenes liberales, el diplomático que arregla tratados liberales, los legisladores que dictan y votan leyes liberales, los escritores que en libros, folletos y periódicos animan a regir los pueblos a lo liberal, los que con discursos y peroratas excitan a vivir a lo liberal, los maestros que dan enseñanzas liberales, los que maquiunan y hacen guerras para entronizar el liberalismo, los particulares que propalan máximas liberales, los que mandan, ayudan, excitan, aconsejan a realizar todos esos hechos que constituyen el procedimiento práctico liberal, y que son propios suyos, ya en el gobierno de los pueblos, ya en el hogar doméstico, ya también en las costumbres del individuo, a quien tratan de alejar de Jesucristo y de su Iglesia por medio de la ciencia, de la literatura, de las artes, de las fiestas, de las distracciones, de las modas, de todo, porque de todo echan mano para conseguir sus perversos fines.

Estos liberales, además del pecado gravísimo que tienen contra la fe por admitir errores liberales condenados por la Iglesia, contribuyen o cooperan de un modo directo a la propagación de lo que hay esencialmente malo en el liberalismo, que son esos mismos errores, lo que jamás es lícito hacer, por daño alguno que se tema, aunque fuera perder la vida. Dan ocasión, además, de ruina espiritual a sus prójimos, que es lo que constituye el gravísimo pecado de escándalo, que tanto exaspera a Dios, y tanto dificulta la conversión del pecador.

Sin Dios no hay paz

¿Qué es la paz? — Todos los teólogos, con Santo Tomás, han adoptado y hecho suya la definición que dio mi Gran Padre San Agustín, de la paz en su monumental obra *De Civitate Dei*, libro XIX, cap. XIII, donde dice: «La paz es la tranquilidad del orden». He aquí un hermoso y claro fundamento, del que parten las cuestiones que se relacionan con la paz... Pero, ¿cuál es el origen y fundamento del orden? Es indudable que es Dios, Creador de todas las cosas, el que señaló sapientísimamente a cada una el lugar que le corresponde según su divino querer... No pudiendo haber orden sino en el cumplimiento de la voluntad divina, manifestada en sus Manda-

mientos, se deduce que es falsa toda paz que no se funda en ese cumplimiento. Falsa es, pues, la paz que se quiere fundar en una vida exenta de ciertas privaciones, y abundante en riquezas y medios de evitar sufrimientos. Falsa es la paz que se hace consistir en el goce de las delicias y placeres de este mundo. Falsa es la paz que se busca en los puestos elevados, en la fama, en la estimación y respeto de los hombres. Falsa, por último, y funestísima es la paz que nace del endurecimiento en el mal, efecto de una vil condescendencia con las pasiones, por la que, a fuerza de vivir en pecado, permanece en él sin oír la voz del remordimiento que le perturbe o inquiete.

La manera, pues, de conseguir la paz es unir nuestra voluntad con la voluntad de Dios, pues Dios es la fuente del orden, y la paz es la tranquilidad del orden.

Perversidad del liberalismo

Si no pudiéramos decir que el liberalismo es malo, para no desagradar a los liberales, tampoco podríamos decir que el robo es malo, para no desagradar a los ladrones; ni que el asesinato es malo, para no desagradar a los asesinos; ni condenar, ni clamar contra otros vicios y errores, para no desagradar a los que los tienen. Obligados estamos a clamar contra el liberalismo, como lo estamos a clamar contra otra doctrina cualquiera condenada por la Santa Iglesia. Si a esto llaman meterse en política, hay que saber que nos tenemos que meter forzosamente, porque forzosamente tenemos que condenar lo que la Iglesia condena, so pena de faltar a nuestro deber y no cumplir con la misión que el cielo nos ha confiado.

Identidad entre liberalismo y racionalismo

El ideal acariciado del liberalismo es que el Estado, la familia y el individuo sacudan toda obediencia a Dios y a su Iglesia Santa y se declaren completamente independientes. Para conseguir la realización de ese ideal, el liberalismo no se detiene en argumentos, teorías y cosas abstractas, sino que pasa al terreno de los hechos, donde ha manifestado y manifiesta que es un sistema esencialmente político-religioso, y que tuvo razón el profundo publicista Donoso Cortés para decir que: «Toda cuestión política entraña en sí otra cuestión metafísica y religiosa.»

El liberalismo político es el racionalismo llevado a la práctica. Esto es lo que nos enseña

nuestro Santo Padre León XIII en su Encíclica *Libertas*, con estas palabras: «Lo mismo que en filosofía pretenden los naturalistas o racionalistas, pretenden en la moral

Los liberales no aman a Dios

Que las libertades modernas tienden a emanciparnos del querer divino, y a que obremos fuera del orden establecido por Dios, es una verdad que proclaman a voz en grito los mismos defensores y propagadores de esas libertades. En efecto, no cesan de repetir que «no debe haber otra autoridad que la propia razón, y que hay que abolir la fe, porque la humilla, y acabar con la Iglesia, porque la oprime. El progreso rechaza las trabas de las religiones positivas, aclama la razón emancipada, y hace desaparecer los dogmas revelados. Mientras los pueblos se hallaron en la infancia, fue necesario dominarlos con los terrores del infierno, y engañarlos con las alegrías del cielo; pero hoy los pueblos son adultos, y sacuden el yugo de las creencias que los habían oprimido y se levantan arrogantes proclamando independencia y aspirando a gozar de la luz de la razón y del calor de la libertad.»

Así hablan los oradores librepensadores en las Asambleas, en las Academias, en las calles y plazas; eso escriben los periodistas liberales de las capitales y de los pueblos; eso enseñan los amigos del progreso, de la civilización y de las modernas libertades.

El demonio desea unir lo que debe estar separado

Resulta de todo que existe muy marcada esa tendencia hacia la unión del liberalismo y catolicismo, y el deseo de que anden juntos, y juntos gobiernen, que es el gran peligro que denunciarnos, porque el liberalismo es desorden por esencia, y no puede dar paz. Por esta misma razón, el liberalismo no tiene, no puede tener derecho a ser elegido ni a gobernar, como ya hemos dicho en Circular que hemos dado hace unos días con motivo de las elecciones.

Antiguamente la táctica de Lucifer era desunir a los católicos, envidiando que fueran una sola alma para servir a Dios, y tuvieran todos ellos un solo corazón para amarle; pero hoy ha mudado de táctica, y trata de unir a los que deben estar separados, porque conoce perfectamente que cada paso que avance el liberalismo en el campo católico, es nueva conquista para él.

Derecho de los padres a enseñar a sus hijos

Los padres tienen derecho perfecto, fundado en el natural y divino, de instruir y educar a sus hijos, y contra la voluntad de ellos, ni particular, por muy sabio que sea, ni autoridad alguna civil, por alta y potente que se suponga, tiene *poder* para educarlos. Así que la autoridad civil, sea la que fuere, en tanto puede nombrar y nombra institutores, en cuanto *se supone* que consienten en ello los padres de familia; y éstos, a su vez, en tanto pueden dar y dan su consentimiento, en cuanto *suponen* que la autoridad dará institutores que reúnan las prendas necesarias para dar a sus hijos una educación netamente católica.

Si la autoridad no tiene *derecho a educar*, es claro que no puede darlo a los institutores que nombra, porque nadie da lo que no tiene, y esos institutores, por consiguiente, en tanto tendrán *poder* para educar, en cuanto se lo comuniquen los padres de los educandos. Cuando los padres mandan a sus hijos a la escuela, colegio o universidad, tampoco renuncian ni pueden renunciar a sus derechos de *educación*, sino que los delegan en los maestros para que hagan sus veces.

Dedúcese de todo lo dicho que cuando la autoridad, sea la que fuere impone un institutor que no sirve para educar católicamente, o hay temor razonable y fundado de que con él los educandos corran verdadero peligro de no salir educados católicamente, esa autoridad lesiona los derechos de los padres de familia, además de lesionar, como queda dicho, los derechos de la Iglesia.

Cuando ocurra que sea nombrado algún institutor que no piense o no obre a lo católico, o haya temor fundado de que los jóvenes no salgan educados católicamente, el Párroco y los padres de familia tienen derecho a pedir, y deben pedir, respetuosamente y legalmente a la autoridad que retire el institutor que les ha puesto; porque, hay que repetirlo, no es la autoridad la que *tiene derecho a educar*, sino los padres.

Confieso, una vez más, que el LIBERALISMO ES PECADO, enemigo fatal de la Iglesia y reinado de Jesucristo, y ruina de los pueblos y naciones; y queriendo enseñar esto, aun después de muerto, deseo que en el salón donde se exponga mi cadáver, y aun en el templo durante las exequias, se ponga a la vista de todos un cartel grande que diga: EL LIBERALISMO ES PECADO.

NO A LA VIOLENCIA

La tierra estaba toda llena de violencias (Gn. 6, II). Así describe el autor sagrado el estado de la humanidad poco antes del diluvio. No creo inoportuno aplicar estas palabras al ambiente turbulento por que atraviesa gran parte de la sociedad de nuestros días. La prensa diaria nos tiene familiarizados con noticias inquietantes de ataques criminales a la vida del hombre, asesinatos, secuestros despiadados sin respeto a la dignidad humana, atracos violentos a bancos, a bienes personales, o de una comunidad, o de la sociedad civil, atentados audaces contra la seguridad social, la moralidad y la convivencia pacífica que pide todo país civilizado.

La primera maldición que descargó Dios directamente sobre una persona, fue la que pronunció contra Caín por el asesinato de su hermano Abel. *La voz de la sangre de tu hermano está clamando hasta mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito serás de la tierra que ha abierto su boca para recibir de mano tuya la sangre de tu hermano* (Gn. 4, 10, II). Es el primer NO ENERGICO de Dios a la violencia brutal del hombre contra su

hermano. Pero esta maldición la universaliza más tarde Dios, añadiendo: *Quien derrame la sangre humana por mano de hombres, será derramada la suya; porque a imagen de Dios ha sido hecho el hombre* (Gn. 9, 6). La vida viene de Dios y sólo a Él corresponde quitársela al hombre.

En los días precedentes al diluvio eran abundantes los odios y egoísmos, que conculcaban los derechos humanos y arrastraban a crímenes parecidos al de Caín. *Miró Dios la tierra y he aquí que estaba corrompida, porque toda carne había corrompido sus caminos* (Gn. 6, 12). Únicamente Noé y los de su casa se habían mantenido fieles a las órdenes divinas. *Fue un hombre justo*, dice de él el autor sagrado, *íntegro entre sus contemporáneos* (Gn. 6, 9), por lo que mereció verse libre del castigo del diluvio que sufrió la humanidad depravada por sus vicios y sus desórdenes. También ahora hay en la Iglesia hombres santos en medio de la crisis moral por que atravesamos. El diluvio fue OTRO NO DIVINO a las violencias cometidas por los hombres.

Violencia más refinada fue la que los hombres

pretendieron con su plan de edificar una ciudad y una torre, *cuya cúspide tocase el cielo y les hiciera famosos* (Gn. II, 4). Era un desafío arrogante al mismo Dios pretendiendo igualarse a él en sabiduría y poder. Los científicos de nuestros días con sus conocimientos cada día más profundos del mundo físico, con sus maravillosos medios de investigación, caerían en la necedad de los constructores de la torre de Babel, si en sus conquistas científicas prescindieran de quien creó todas las cosas, o negaran la existencia de aquel *cuyas obras ningún hombre puede dignamente dar a conocer* (Ecli. 18, 1.2). El entendimiento humano por su capacidad limitada no podrá nunca comprender perfectamente los misterios y energías de la naturaleza. Los descubrimientos de la ciencia moderna nos hacen prever nuevas sorpresas que esperan a las generaciones futuras, pero jamás llegarán a desvanecer *la profundidad de la riqueza y de la sabiduría y de la ciencia de Dios* (Ro. 11, 33). El castigo de Dios a los constructores de la torre de Babel es otro NO DIVINO a la rebeldía del hombre, que enfatuado con su ciencia pretende igualarse a su Creador.

El pueblo de Dios se vio en Egipto ultrajado y reducido a una desesperante esclavitud, presa de las violencias de los Faraones y de sus Ministros, que conculcaban los derechos más elementales de la naturaleza humana. Ante aquella opresión injusta *yo os libentaré*, dijo Dios, *de los trabajos forzados de los Egipcios, os libraré de su servidumbre y os salvaré* (Ex. 6, 6). Y Dios mostró su odio a las violencias contra su pueblo, sacándole con maravillosos portentos de aquella servidumbre y guiándole hacia la libertad en la tierra prometida.

Contra semejantes injusticias se levantó la voz condenatoria de Dios, transmitida por medio de los autores sagrados, salmistas, sabios y profetas. Los pasajes del Antiguo Testamento relativos a los castigos divinos contra los actos de violencia son numerosos. Recogemos sólo unos pocos. Dios, dice el salmista, *aborrece al que ama la violencia* (II, 5), es decir, no dejará sin castigo a quien injustamente oprime a otro. Y si esta violencia parte de las clases dirigentes o acomodadas, el salmista les echa en cara sus injusticias: *a sabiendas obráis la iniquidad, vuestras manos hacen que en la tierra domine la violencia* (58, 3). El profeta Isaías dirige a los jefes de su pueblo estos severísimas palabras: *Dios vendrá a juicio contra los ancianos y los jefes de su pueblo, porque habéis devorado la viña, y los despojos del pobre llenan vuestras casas, porque habéis aplas-*

tado a mi pueblo y habéis machacado el rostro de los pobres (3, 14, 15). También Miqueas (4, 1-12) y Amós (1, 6-12) anuncian la inminencia de castigos sobre los dirigentes responsables de las injusticias sociales de aquella época. El autor del Eclesiástico describe al vicio de la soberbia como fuente de todos los vicios, singularmente de la violencia: *La violencia y la soberbia aniquilan la hacienda, y así será asolada la casa del orgulloso* (21, 5).

El Nuevo Testamento nos ofrece una confirmación y perfeccionamiento de las enseñanzas del Antiguo. Cristo con su atractiva amabilidad con todos, pobres y ricos, justos y pecadores; con su doctrina sobre la caridad fraterna y el amor aun a los enemigos, se mostró siempre enemigo de toda violencia. Cuando San Pedro echó mano a su cuchillo e hirió al criado del sumo sacerdote, le contuvo Jesús trayéndole a la memoria un principio moral insinuado ya en la Biblia: *los que tomen la espada, perecerán por la espada* (Mt. 26, 52), es decir, la violencia engendra la violencia y es contra la mansedumbre que enseñó Cristo, quien se nos propuso como modelo: *aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt. 22, 29).

Siguiendo estas enseñanzas del divino Maestro, San Pablo exhortaba a los Efesios a que en todo se portasen *con toda humildad y mansedumbre, con longanimidad, sufriendoos los unos a los otros con caridad* (4, 2), y ampliando su pensamiento añadía: *Toda amargura, ira, indignación, clamor, maledicencia, debe desaparecer de vosotros con cualquier clase de malicia* (4, 31). Parecido consejo daba a los Colosenses (3, 12), y a los Gálatas les dice que ayuden a su enmienda a los extraviados con espíritu de mansedumbre, *mirando cada uno por sí, pues también puede ser tentado* (6, 1). En la segunda carta a Timoteo enseña que *un siervo del Señor no debe altercar, sino ser dulce con todos, dispuesto a enseñar, sufrido con las incomprendiones, que eduque con dulzura a los recalcitrantes*, es decir, a los que oponen violencia a la doctrina evangélica (2, 25). Insiste en los mismos pensamientos en su carta a Tito: *Recuérdales (a tus fieles) que no injurien a nadie, no sean pendencieros; que sean benévolos, mostrando una perfecta mansedumbre para con todos los hombres* (3, 2).

El auténtico espíritu cristiano dice un NO ROTUNDO a toda violencia.

SEVERIANO DEL PÁRAMO, S. J.
Profesor de Sagrada Escritura en la
Universidad Pontificia de Comillas.

REFLEXIONES SOBRE LA MISION SACERDOTAL

JUAN JOSÉ GALLEGRO, O. P.

Nuestra vocación sacerdotal es una llamada concreta que Dios nos ha hecho a cada uno de nosotros tal cual somos, con nuestras cualidades y nuestros defectos.

Esta vocación implica dos cosas. Por parte de Dios, una llamada de predilección, un amor especial por el cual nos segrega de todo lo demás y nos exige el que nos dediquemos sólo y exclusivamente a extender su Reino en la tierra. Implica, por tanto, un fijarse de Dios en nosotros para cumplir una misión concretísima y de un alcance enorme para la vida de los hombres.

Pío XII decía: «la salvación de muchos depende de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo Místico». Siendo esto así, con cuanta mayor razón, se puede decir esto de los sacerdotes, que somos los que tenemos en nuestras manos los medios objetivos de santificación. Los canales, por medio de los cuales ordinariamente, aunque no de modo exclusivo, Dios derrama su gracia sobre los hombres.

Yo diría que la vocación sacerdotal es uno de los actos de benevolencia más grandes que Dios tiene para con los hombres que él elige. Es un acto de amor en virtud del cual Dios delega, a través de su Iglesia, a unos seres humanos, con todas las cualidades y con todas las miserias humanas, para que se encarguen de los asuntos más queridos que él tiene. De aquí nuestra responsabilidad sacerdotal.

Esto es lo que, entre otras cosas, implica la vocación por parte de Dios. Pero al ser vocación exige un llamado, un hombre, al que se le conceden estas prerrogativas. Estos somos nosotros los sacerdotes. ¿Cuál ha de ser nuestra postura, nuestra situación anímica frente a esta vocación, frente a este acto de confianza que Dios deposita en nosotros?

Amor y solidaridad para con todos los hombres

En primer lugar una situación de amor y de solidaridad para con todos los hombres, que las diversas circunstancias de la vida, ponen en nuestro camino. El libro de Jonás, interpretado por un escritor moderno, nos presenta una característica que quiero señalar y que es plenamente aplicable al sacerdote.

Dios le ha dicho a Jonás que vaya a Nínive para advertir a sus habitantes que serán castigados si no abandonan sus prácticas perversas. Jonás huye de su misión porque teme que la gente de Nínive se arrepienta y que Dios los perdone. Jonás es un hombre con un poderoso sentido del orden y de la ley, pero sin amor. Es un hombre que no ha comprendido que Dios es todo lo contrario. Que Dios es amor y siempre está dispuesto a perdonar. Sin embargo, al tratar de escapar de la misión que ha recibido, se encuentra en el vientre de una ballena, que simboliza el estado de aislamiento y reclusión que ha provocado en él su falta de amor y de solidaridad. Dios lo salva y Jonás va a Nínive. Predica ante los habitantes tal como Dios se lo ha mandado, y ocurre aquello que él tanto temía. Los hombres de Nínive se arrepienten de sus pecados, abandonan sus malos hábitos, y Dios los perdona y decide no destruir la ciudad. Jonás se siente hondamente enojado y apesadumbrado; él quería «justicia», no misericordia. Por fin encuentra cierto consuelo en la sombra de un árbol que Dios ha hecho crecer para protegerlo del sol. Pero cuando Dios hace que el árbol se seque, Jonás se deprime y se queja airadamente a Dios. Este responde: «Tuviste tú lástima de la calabacera, en la cual no trabajastes, ni tú la hicistes crecer; que en espacio de una noche creció y en el espacio de una noche pereció.

¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad, donde hay más de ciento veinte mil personas que no conocen su mano derecha ni su mano izquierda, y muchos animales? Dios le explica a Jonás que la esencia del amor es trabajar por algo y hacerlo crecer, que el amor y el trabajo son inseparables. Se ama aquello por lo que se trabaja, y se trabaja por lo que se ama.

Todo esto implica tener una idea muy grande de Dios y de su amor hacia todos los hombres a los que nosotros tenemos que ayudar para que encuentren este amor.

Somos administradores

Hay otro matiz en el sacerdocio que muchas veces olvidamos y que yo pienso que es muy importante en nuestra vida ya que colorea y da sentido a nuestra vocación sacerdotal.

Somos administradores, apóstoles, delegados, embajadores del Reino de Dios. No somos por tanto dueños de nuestra administración.

Sólo somos dispensadores de los misterios de Dios. San Pablo en todas sus cartas se autodenomina: «Apóstol de Cristo Jesús», es decir: embajador de Cristo Jesús. El, no va a enseñar una doctrina propia, a imponer unas obligaciones concretas que a él le parecen bien o forman parte de sus gustos o de sus caprichos. El, va a anunciar el Reino de Dios que Nuestro Señor Jesucristo le ha revelado, por eso y solamente por eso se encuentra seguro y no teme a nadie. Leyendo con detenimiento sus cartas nos encontramos con que esta idea es clave para poder entender un poco su pensamiento. Este espíritu de convencimiento, de seguridad, de confianza, que hoy parece que la Iglesia, en muchos sectores ha perdido, y especialmente en sus sacerdotes. Este espíritu que otros sectores de la sociedad contemporánea viven en plenitud, como son por ejemplo, los marxistas.

En un libro publicado por ediciones Sígueme de Salamanca nos encontramos con algunos pensamientos que realmente son reveladores de este convencimiento.

«El marxista está convencido de que el cristianismo, como movimiento religioso, no es imprescindible para el socialismo, para el establecimiento de sus tareas y metas. Pero sabe que para muchos, que viven bajo el socialismo o que lo construyen o que todavía luchan por él, la fe en Dios es todavía imprescindible. Sabe que el socialismo

es sólo un estadio de transición. Por eso sabe también que Dios no ha muerto del todo.

¿Qué es, pues, Dios? ¿Dónde están los puntos ciegos del socialismo? ¿Dónde está ese silencio detrás de los interrogantes del marxismo? ¿Dónde están, según nuestras convicciones, esas profundidades que son todavía más abismales que las del cristianismo? ¿Dónde están los impulsos humanos que, por su veracidad y su alcance, pueden provocar más entusiasmo para la suerte de la humanidad en la lucha por el comunismo que la fe en Dios?

Si nos decidimos a preguntar así, el cristianismo deja de ser algo extraño, distante, muerto. No sentimos ya la necesidad de eludirlo. El miedo que nos ha perseguido de modo tan extraordinario desaparece. La debilidad antiteísta se volatiliza. Experimentaremos qué es lo que hace aparecer al cristianismo todavía hoy lleno de vida y necesario para una determinada parte de la humanidad. Y en la medida en que nosotros reconozcamos nuestras propias deficiencias, aparecerá claro qué es lo que mutila la faz del socialismo y de su mundo espiritual. Desde este momento el socialismo no será ya algo indiferente para nosotros, ni política ni históricamente. Sentiremos la exigencia de analizarlo e integrarlo en nosotros, así como todo lo viviente y portador de vida que ha producido la humanidad en miles de años» (1).

Esta idea de un convencimiento profundo es lo que a otro líder le inspira las siguientes palabras:

«Debemos reconocer que, con la mayor frecuencia, algunos se inclinan a preocuparse de los intereses inmediatos, parciales y personales; y no comprenden o comprenden insuficientemente los intereses futuros nacionales y colectivos. Una buena parte de la juventud, por falta de experiencia política y de vida social, no sabe comparar la vieja China con la nueva. No le es fácil comprender a fondo lo dura y difícil que fue la lucha de nuestro pueblo para librarse del yugo del imperialismo y de los reaccionarios; y el trabajo tenaz que es necesario realizar durante un largo período para edificar una hermosa sociedad socialista. Por eso es necesario ejercer de continuo entre las masas una educación política viva y eficaz, decirles siempre la verdad sobre las

(1) Gardavski, Vitezslav, *Dios no ha muerto del todo*, páginas 28-29 (Salamanca, 1972).

dificultades surgidas y estudiar con las masas la manera de resolverlas.

»No aprobamos los desórdenes, ya que las contradicciones en el seno del pueblo pueden ser resueltas por el método de "unidad-crítica-unidad", en cambio los desórdenes siempre causan cierto daño y son perjudiciales para el avance del socialismo. Estamos seguros de que las amplias masas de pueblo están por el socialismo, son muy disciplinadas y razonables y no crearán desórdenes sin motivo. Pero en modo alguno esto significa que en nuestro país esté excluida la posibilidad de que se produzcan desórdenes en las masas. Sobre este asunto debemos prestar atención a lo siguiente: 1) para eliminar radicalmente las causas del surgimiento de desórdenes, debemos extirpar resueltamente el burocratismo, intensificar en grado considerable la educación ideológica y política, y tratar de manera adecuada todas las contradicciones. Basta en general, cumplir estas condiciones para que los desórdenes no se produzcan. 2) Si surgen desórdenes a consecuencia de nuestro mal trabajo, habrá que llevar por el camino acertado a quienes participan en ellos, y aprovechar los desórdenes como medio especial de mejorar nuestra labor y de educar a los cuadros y a las masas; así como para resolver las cuestiones que habían quedado sin resolver en el pasado. Al tratar los desórdenes debe realizarse un trabajo minucioso, sin emplear métodos simplistas, y no declarar la cuestión zanjada antes de que haya sido efectivamente resuelta. No debemos proceder con ligereza a la expulsión de los cabecillas de los desórdenes, salvo en el caso de que hayan inflingido el código penal o que sean contrarrevolucionarios in fraganti, los cuales deben ser castigados con arreglo a las leyes...

»En nuestra sociedad hay también un insignificante número de personas que no se preocupan de los intereses públicos, no atienden a la justicia ni a la razón, cometen crímenes y violan las leyes. Puede que utilicen y tergiversen nuestras orientaciones políticas y presenten mal intencionadamente reivindicaciones irracionales, a fin de instigar a la masa, o que con aviesa intención, difundan rumores y siembren la confusión para alterar el orden normal de la sociedad. De ningún modo aprobamos la tolerancia con las gentes de esta calaña; por el contrario, hay que tomar con ellas las medidas de castigo que dictan las leyes. Las grandes masas de la

sociedad exigen el castigo de esta clase de gentes; el no castigarlas se contrapondrá al deseo de las masas.» (1)

También nos habla este mismo autor de que incluso las cosas malas se pueden convertir en buenas y viceversa. Nosotros los cristianos a esto llamamos providencia divina.

El autor citado nos dice: «Los acontecimientos húngaros fueron una cosa mala; esto está claro para todos. Pero también tienen un doble carácter. Gracias a que los camaradas húngaros adoptaron medidas acertadas durante los sucesos, éstos, de una cosa mala se transformaron en buena. Hungría se ha consolidado más que antes; y todos los países del mundo socialista han sacado de ello una lección.

»La campaña anticomunista y antipopular descendida en el mundo durante la segunda mitad del año 1959 fue también, desde luego, una cosa mala. Pero sirvió de lección a los partidos comunistas y a la clase obrera de los diferentes países; los templó y de esta manera se transformó en una cosa buena. Durante esta campaña, en muchos países abandonó las filas de los partidos comunistas una parte de sus miembros. Eas renuncias reducen el número de miembros de esos partidos, lo cual es, desde luego una cosa mala. Pero también hay en ello su lado bueno, puesto que los elementos vacilantes no quisieron permanecer en las filas de esos partidos y los abandonaron, mientras que la mayoría de los afiliados, de convicción firme, se unieron más todavía la lucha. ¿No es esto una cosa buena?

»En otras palabras, tenemos que aprender a examinar las cuestiones en todos sus aspectos, a ver no sólo el anverso de las cosas sino también el reverso. En determinadas condiciones, lo malo puede conducir a buenos resultados; y lo bueno a su vez, a resultados malos. Hace más de dos mil años, decía ya Lao Tsi: "En la desgracia vive la suerte, en la suerte se oculta la desgracia". Los japoneses calificaban de victoria la invasión de China por el Japón. Los chinos estimaban como derrota la ocupación por el agresor de vastos territorios de China. Sin embargo, la derrota de China llevaba consigo el germen de la victoria, mientras que la victoria de Ja-

(1) Mao Tse Tung, *Cuatro tesis filosóficas*, Anagrama (Barcelona, 1974), págs. 117-118.

pón contenía el embrión de la derrota. ¿Acaso no lo ha confirmado la historia?» (1)

Confianza del administrador

San Pablo en la primera carta a los Corintios capítulo segundo nos dice: «Yo, hermanos, llegué a anunciaros el testimonio de Dios no con sublimidad de elocuencia o de sabiduría, que nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna sino a Jesucristo, y éste crucificado. Y me presenté a vosotros en debilidad, temor y mucho temblor; mi palabra y mi predicación no fue en persuasivos discursos de humana sabiduría, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, *para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios*».

Y en otro lugar: «Nosotros tenemos el pensamiento de Dios». Por tanto, para cumplir debidamente nuestra misión de sacerdotes, tenemos que vivir profundamente esta idea de enviado, de embajador. Lo primero que se exige a aquel que va a representar a otro es que sea fiel la representado. Es San Pablo también el que nos dice: «Lo que se busca en los administradores es que sean fieles a aquel que le ha concedido la administración». Nunca jamás ha podido el sacerdote ser fiel a Cristo sin serlo a su Iglesia de la que ha recibido la misión sacerdotal.

De esta fidelidad se deducen unas cuantas consecuencias para nuestra vida. En primer lugar, tenemos que pensar que lo que damos no es nuestro. Muchas veces tenemos el convencimiento de que somos dueños de lo que damos y corremos el peligro, por tanto, de ser malos administradores. La lectura reposada del Evangelio, especialmente en los casos en que Cristo se encuentra en su vida mortal con los pecadores, puede ser una lección muy substancial para nosotros.

Muy unida a esta idea, se encuentra la de la fidelidad. Lo que tenemos, lo hemos recibido, para darlo tal como el administrador nos lo ha concedido, y por tanto, no está en nuestras manos el cambiar el mensaje ni el modo de dar este mensaje, siempre y cuando se trate de valores esenciales y permanentes y no de matizaciones o de valores secundarios que se deben ir acomodando a los tiempos.

Con todo esto bien claro, no hemos de tener miedo de predicar doctrinas que a veces hieren un poco nuestros oídos. Nunca jamás se me ocurriría a mí el predicar ciertas enseñanzas, si no estuviese convencido de que al fin y al cabo lo único que hago es enseñar algo que Dios nos ha revelado y que la Iglesia nos trasmite. Enseñando estas doctrinas, cumplo con mi misión de apóstol, y si no lo hago, desvirtuó la verdad de Cristo.

La labor humana del sacerdote

Una vez establecida la conexión entre lo enseñado por mí y Dios, ya puede buscar conveniencias racionales, pruebas de razón, argumentos filosóficos y especialmente razones humanas para rebatir los razonamientos contrarios. Hoy la Iglesia tiene en este campo una labor inmensa que realizar. En muchos sectores no sólo se niega la conveniencia de la religión sino que se llega más lejos negándose la posibilidad de la misma. Cuando esto sucede la misión sacerdotal se pone bastante difícil ya que no cabe la menor duda de que toda persona se conduce en la vida como si poseyera una opinión determinada sobre sus propias energías y facultades, como si, al emprender una acción cualquiera, tuviese una idea clara de las facilidades o dificultades que dicha acción podrá ofrecerle. En una palabra, que su conducta nace de su opinión. Esto no debe sorprendernos, puesto que a través de nuestros sentidos no logramos captar los hechos del mundo cristiano, sino nuestras representaciones de los mismos. Lo así captado produce en nosotros la misma impresión que lo real. Así, la lección experimentada por nosotros frente a una serpiente que nos saliese al paso sería en absoluto idéntica tanto si se tratase de una serpiente venenosa como si sólo la creyésemos tal.

El niño mimado, al dejarle su madre solo en casa, se comporta en su angustia del mismo modo tanto si se halla frente a ladrones verdaderos como si solo teme encontrarse con ellos. En todo caso, perseverará en su opinión fundamental de que no puede prescindir de la presencia de la madre, aún cuando los hechos demuestren lo infundado de su miedo. Todas estas reflexiones psicológicas tienen una importancia muy grande ya que hoy al sacerdote no se le presentan sólo casos de interpretar de una manera u otra un punto determinado de la religión, sino la posibilidad

(1) Mao Tse Tung, *íd.*, págs. 118-119.

de la religión misma. Santo Tomás en la «Suma contra los Gentiles» nos dice: «Es difícil, por otra parte, proceder en particular contra cada uno de los errores, por dos razones: en primer lugar, *las afirmaciones sacrílegas de los que erraron no nos son detalladamente conocidas de modo que podamos sacar razones de sus mismas palabras para su refutación. Los doctores antiguos usaron este método para refutar los errores de los gentiles. Porque siendo ellos gentiles o, al menos conviviendo con ellos y conociendo con precisión su doctrina, podían tener noticia exacta de sus opiniones*» (Lib. I, cap. II).

En estas palabras de Santo Tomás hay enclavada toda una metodología que no puede olvidar jamás el sacerdote. Debe conocer con exactitud el alcance de las objeciones y los puntos ocultos teóricos o los hechos históricos o emocionales que las sustentan. En esto a veces hemos sido inhonestos desde el momento que presentamos mutiladas las posturas de los contrarios. Sin un planteamiento serio y justo no se puede condenar una postura determinada.

“En segundo lugar, nos dice Santo Tomás, porque algunos de ellos, por ejemplo, los mahometanos y paganos, no conviven con nosotros en admitir la autoridad de alguna parte de la Sagrada Escritura, por la que pudieran ser convencidos, así como contra los judíos podemos disputar por el Antiguo Testamento, y contra los herejes por el Nuevo. Otros no admiten ninguno de los dos. Por tanto contra éstos hemos de recurrir a la razón natural, que todos se ven obligados a aceptar, aún cuando no tenga mucha fuerza en las cosas divinas” (Lib. I, cap. II).

Siguiendo esta metodología el sacerdote debe conocer las motivaciones profundas que apoyan el rechazo de la religión o la falsa interpretación de la misma. De cara a una discusión hay que tener también presente los argumentos que aceptan los contrarios. Muchos sacerdotes en estos tiempos, desconocen totalmente los puntos ocultos de determinadas posturas o presentan soluciones que para ellos no son problemáticas ya que su fe se apoya en otros presupuestos y en la gracia de Dios, pero sí lo son para los que quieren fundamentar su fe en estas proposiciones. Esto está hoy sucediendo en muchos dirigentes de la Iglesia católica. Ponen determinados presupuestos y se escandalizan después si alguien les saca las consecuencias naturales que de ellos se derivan.

MAX SCHELER respecto al ateísmo nos dice:

«Hay una ley esencial: todo espíritu finito cree en Dios o en un ídolo. De esta ley se deduce la siguiente regla de pedagogía religiosa: el camino por el que ha de ser eliminada la incredulidad no es el de una conducta externa del hombre a la idea y a la realidad de Dios, sino el de la demostración de que él ha colocado un bien similar en lugar de Dios, es decir, en la esfera de lo absoluto de su modo de objetos; esfera que como tal le está dada; de que él ha idolozado, como queremos decir, ese bien, de que se ha enamorado de él (como decían los antiguos místicos).

Llevando así al hombre a desilusionarse de sus ídolos después de habérselos mostrado como tales a través de un análisis de su vida, le conducimos simultáneamente a la idea y a la realidad de Dios. Así, el primer y único camino que pueda crear una disposición para una transformación religiosa de la personalidad es el camino que yo he llamado destrucción de ídolos... La no creencia en Dios, o mejor, la alucinación persistente que lleva a poner un bien similar en lugar de Dios (sea el Estado, el Pueblo, el Arte, una Mujer, el Dinero, el Poder, el Saber, etc.), o a tratarlo como si fuera Dios, tiene siempre una causa especial en la vida del hombre. Si se descubre esta causa, se despoja al hombre del velo que oculta a su alma la idea de Dios y se le destruye el ídolo que él había colocado entre Dios y sí mismo. El acto religioso que había sido desviado, vuelve por sí mismo a su objeto adecuado, a la idea de Dios» (De lo eterno en el hombre, página 281).

Pienso que estas palabras de Max Scheler completan la idea de Santo Tomás y son las que hemos de tener siempre presentes en nuestro diálogo con los otros. Hay puntos que un sacerdote no puede dejar nunca en segundo plano, entre ellos la idea de un dios persona, la persona de Cristo como verdadero Dios y verdadero hombre y la naturaleza de la Iglesia como continuadora de la misión de Cristo en la tierra.

El sacerdote y el fracaso humano

De este concepto del sacerdote como administrador nace otra cualidad que quiero destacar.

Estamos encargados por Dios de una porción de su grey. Ahora bien, si por lo que sea fracasamos o nos parece que fracasamos tenemos que tener bien clara la idea de que no hay fracaso para el administrador, mientras él no renuncie a

la administración o sea negligente en el desempeño de la misma. Dios no se cambia y cuando promete algo lo cumple y nosotros tenemos un sacerdocio, una vocación nacida de una predilección especial de Dios, que hemos de cultivar con esmero y que hemos de realizar con nuestra entrega desinteresada y confiada.

Van der Meersch nos dice: «cada uno de nosotros puede hacerse una santidad a partir de lo que es, a partir de la más sórdida bajeza». Optimista o angustiado, tranquilo o agresivo, intuitivo o racionalista, somos amados por Dios. El nos ofrece su gracia transformante, hemos de acogerla con pleno corazón. Hemos de tener confianza ya que como nos recordaba Charles de Foucauld «Jesús es el Maestro de lo imposible». San Pablo nos dice: «Uno es el que siembra, otro el que siega y otro el que recolecta».

Muchos sacerdotes tendremos que desaparecer sin ver despuntar el grano, o con la inseguridad de no saber si han sido fructíferos nuestros sudores. O también podemos desaparecer con el convencimiento de que humanamente no hemos hecho nada.

O también podemos acabar nuestros días con el convencimiento de que no hemos hecho nada.

San Pablo a propósito del cisma de Corinto dice: «Pues qué es Apolo y qué es Pablo? Ministros según lo que a cada uno ha dado el Señor, por cuyo crecimiento fue Dios. Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento. El que planta y el que riega son iguales cada uno recibirá su recompensa conforme a su trabajo» (I Cori. 3,6-9).

Al administrador no tiene que preocuparle el que sus trabajos den mucho fruto o no. Esto sólo le debe preocupar en la medida en que se ve obligado a revisar métodos. Su misión está en ser fiel a la administración. El mismo San Pablo, cuando fue encarcelado, da gracias a Dios ya que ha visto que su vida ha sido allí también fructífera ya que varias personas se convirtieron. Si San Pablo no hubiese visto aquel fruto aunque se hubiese dado, podía decirle a Dios que le quitaba un tiempo precioso. Este razonamiento lo hacemos nosotros muchas veces cuando hablamos de la realización de nuestro carisma personal y nos olvidamos muchas veces de aquel refrán castellano: «Dios escribe recto en líneas torcidas».

Mirando las cosas con frialdad podríamos decir que el mayor fracasado de la historia debía de ser Cristo, que a pesar de ser Dios no fue ca-

paz de convertir a los judíos de Palestina. Y después de su muerte su Iglesia vista desde una perspectiva humana, es en parte un fracaso.

La verdadera obra del administrador está en cumplir fielmente su cometido. Por otra parte hay que tener siempre presente que nuestro mensaje se dirige a hombres, es decir, a seres que son libres.

Tenemos que fijarnos en el reverso de esta cara. Es verdad que el administrador no es responsable de sus fallos, pero sólo y en la medida en que ha sido fiel a la administración y ha puesto de su parte todo lo que podía y sabía.

Hay un texto del profeta Ezequiel que resume de una manera maravillosa esta idea de la administración:

«Mira, pues, ¡Oh, hijo del hombre! Yo te he puesto por atalaya de la casa de Israel. Cuando oigas de mi boca la palabra, apércibelos de parte mía. Si yo digo al impío: ¡Impío vas a morir! Si tú no hablas al impío para apercibirlo de su mal camino, el impío morirá por su iniquidad, pero de su sangre te pediré yo cuenta a ti. Pero si tú apercibiste al impío de su camino para que se apartara de él, y él no se apartó, él morirá por su iniquidad pero tú habrás salvado tu alma» (Ezequiel 23,7-10).

Hemos de vivir con ilusión nuestro sacerdocio y tener siempre muy presente la idea de que los hombres nos necesitan y de que de nosotros depende (suponiendo naturalmente la gracia de Dios) de que Cristo triunfe un poco más o por el contrario otro poco más. No tenemos que olvidarnos jamás de que Dios nos ha llamado tal cual somos con nuestras cualidades y nuestros defectos y por tanto lo único que debe preocuparnos es ser nosotros mismos, ser fieles a lo que Dios exige de cada uno de nosotros.

Como sacerdotes debemos tener siempre ante nuestros ojos, la imagen de este globo (el mundo), donde está plantada la Cruz, donde los hombres errados y necesitados andan errando y sufriendo y donde la sangre redentora de Cristo corre en amplia red a su encuentro.

Pablo VI hablando de la identidad de la vida religiosa nos dice algo que es totalmente aplicable al sacerdocio: «Para un ser que vive, la adaptación a su ambiente no consiste en abandonar su verdadera identidad, sino más bien en robustecerse dentro de la vitalidad que le es propia» (Evang. Test. n.º 51).

DIOS CON NOSOTROS

FRAY ANTONIO DE LUGO, O. S. H.

«Dios con nosotros»

Sabemos, porque es una verdad de fe, que Dios es el Creador de cuanto existe, y por tanto, que toda criatura, así de la tierra, del cielo y de los infiernos, está sometida a su soberano poder. En el comentario que el Papa Pablo VI, ha hecho el año 1968, al Símbolo de la fe, leemos: «Creemos en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador de las cosas visibles, como es este mundo en que vivimos, y de las invisibles, a las que pertenecen los puros espíritus, que llamamos ángeles, y Creador, además, en cada hombre, de un alma espiritual e inmortal». En el salmo 188, compuesto en alabanza de Dios Creador y legislador, canta el salmista y con él, el piadoso creyente: «Los cielos pregonan la gloria de Dios, /y el firmamento anuncia las obras de sus manos...» En efecto, cuanto existe, por el solo hecho de ser, es bueno, como obra de Dios; en los libros sagrados, que hablan de la obra creadora del Señor, se nos dice que, contemplando Dios cuanto había hecho, «vio que todo era muy bueno» (Gén. 1-31); además del ser, encontramos en las criaturas muy variadas diferencias, que, en conjunto, forman la más agradable sinfonía en alabanza del Creador. San Juan de la Cruz, que, como todos los Santos, supo descubrir la presencia de Dios, en cuanto nos rodea, escribió a este respecto: «Mil gracias derramando/paso por estos sotos con presura,/y, yéndolos mirando,/con sola su figura/vestidos los dejó de hermosura» (Cántico Espiritual canc. 5). El poder de Dios, es infinito; puede crear cosas más y más bellas, sin repetirse jamás; ;su fecundidad es inagotable, como su Ser. Uno de los atributos que conocemos de Dios, es su Omnipotencia, que en nada se diferencia, de su divina esencia, ya que, como es sabido, en Dios, no hay diferencia real de atributos; es Uno, en su esencia, e indivisible, a la vez que, es Trino, en Personas. No hay más que un Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Dios conserva en su ser, cuanto ha creado. Conservar en su ser una cosa, equivale a crearla constantemente, ya que la criatura, por ser tal, depende del Creador, y si éste retirara su influjo conservador, los seres creados volverían a la nada. Esto supone una manera de presencia de Dios en todas las co-

sas, y nada escapa a su omnisciencia. En los antiguos catecismos que estudiamos en nuestra infancia, leíamos: Dios está presente en todas las cosas por esencia, presencia y potencia, y efectivamente es verdad. Dios está presente en todo, y no se confunde con ese todo; esa presencia que llamamos de inmensidad, nos permite adivinarle en todo, y como consecuencia, hace posible un acercamiento natural a Dios, presente en todas partes. Por medio de signos visibles, ha querido manifestar su presencia invisible, a los ojos de su pueblo escogido, y cuando Moisés le pidió que «le manifestara su gloria»; le contestó que «nadie podía verle y continuar viviendo» (Ex-33-20). San Pablo, escribiendo a su discípulo Timoteo, dice: «el único que posee la inmortalidad, que mora en luz inaccesible, a quien no vio ninguno de los hombres, ni puede ver, a quien sea honor y poderío sempiterno» (1.ª Tim. 6-16). La presencia clara, intuitiva, inmediata y facial, es propia de la gloria del Cielo; allí sí, le veremos en su misma esencia, «sicuti est», como enseña San Juan; asociados a la vida íntima de Dios, sin dejar de ser criaturas, gozaremos de la divina presencia, que nos hará eternamente felices; aquí abajo, gozamos también de su presencia, de su amor, ya que nos ha querido revelar sus planes de salvación en Jesucristo, su Hijo, por quien tenemos acceso al Padre, en el Espíritu Santo.

Con más razón que el pueblo judío, la Iglesia, nuevo Pueblo de Dios, puede exclamar: «¿Cuál es en verdad la gran nación que tenga dioses, tan cercanos a ella como Yahvé, nuestro Dios, siempre que le invocamos? (Deut. 4-7). Desde la venida de Jesucristo, la presencia de Dios entre los suyos, excede con mucho a aquella de otros tiempos, en que, como queda dicho, Dios, se hacía presente entre los suyos, por medio de signos sensibles. La encarnación del Verbo eterno del Padre, es el hecho cumbre de la historia de la humanidad. Dios hecho hombre, está con nosotros; ya no nos abandona, pues prometió «estar con los suyos, hasta la consumación de los siglos» (Mt. 28-20). Sin embargo Jesucristo, Hombre-Dios, una vez consumada la redención del hombre, subió al Cielo, como enseña la fe (Evangelios; Hechos de los Apóstoles; el constante Magisterio de la Iglesia y los símbolos de la fe); no obstante

sigue entre nosotros; El mismo había dicho, «cuando dos o más estéis reunidos en mi nombre, Yo estoy con vosotros» (Mt. 18-20), con cuyas palabras, nos asegura una presencia suya, no física ciertamente, sino mística, espiritual, pero cierta; quiere que sepamos descubrirle a Él, entre los hermanos, y así dice: «Cuanto hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeñuelos, conmigo lo hicisteis» (Mt. 25-40). El amor y servicio debido a nuestros semejantes, no nos releva del amor a Dios, por ser Quien es, y el servicio, que con una vida santa le prestamos. El mismo Divino Maestro, cuantas veces le interrogaron sobre el primero y mayor de los mandamientos, respondió, siempre con las palabras del Deuteronomio: «Escucha Israel, el Señor, nuestro Dios, es un solo Señor, y amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con toda tu fuerza» (Dt. 6-4-5). Por desgracia, hay quienes de tal manera hablan del amor al prójimo, como si no existiera otro Dios a quien amar y servir, sino el hombre, lo cual no deja de ser una manifestación de paganismo que, otorga a la humanidad, un amor y un servicio, que solo a Dios es debido, y al hombre, por Dios.

De varias maneras está Cristo presente en su Iglesia. Los Sacramentos, por Él instituidos, son instrumentos de santificación; vehículos de la gracia; signos de su presencia real y santificadora; obran en nosotros, por virtud divina, y no por efectos mágicos. La misma Iglesia, ¿no es un misterio de fe, que conduce a los hombres a Dios, a través de la Verdad revelada, y constantemente proclamada por un Magisterio que enseña con autoridad de Dios? Con la potestad de enseñar, reciben del Señor, Los Apóstoles y después sus Sucesores, los Obispos, el encargo de apacentar, como auténticos Pastores, la grey de Cristo, y a los cuales les fue dicho: «Quien a vosotros oye, a Mí me oye, y quien a vosotros desprecia a Mí, me desprecia, y el que me desprecia a Mí, desprecia a Aquel que me envió» (Lc. 10-16). La virtualidad divina de los Sacramentos, lo mismo que la actuación magisterial y pastoral de la Sagrada Jerarquía, hace presente a Cristo en la Iglesia; además el Espíritu Santo, no deja de asistirle con diversidad de gracias y carismas, ordenados a la edificación del Cuerpo Místico, del cual Cristo es Cabeza, de Quien nosotros, los miembros, recibimos «gracia sobre gracia», como enseña San Juan, ya que en Él, «habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente».

La presencia de Dios en todas las cosas, y aquellas otras maneras de presencia más misteriosa en el organismo vivo de la Iglesia, ofrecen sólido fundamento teológico para el ejercicio que llamamos de la «presencia de Dios», tan recomendado por los Maestros de vida espiritual, por los magníficos efectos sobrenaturales que produce en el alma de los fie-

les. No es preciso emplear juegos de imaginación que ayuden a mantener viva la presencia divina entre nosotros; simplemente vivir de fe pura, cultivada por el estudio y sobre todo por la oración, que hará nuestra fe más contemplativa, más viva, y por tanto, más dinámica. El cumplimiento de la voluntad de Dios, se hará sin duda más suave y provechoso, si procuramos vivir en un clima saturado de espíritu de fe, que nos envuelve en aquella divina mirada, a la que nada ni nadie, puede sustraerse. ¡Con qué facilidad se deja encontrar el Señor, por aquellos que le buscan con rectitud de corazón! La presencia eucarística, ocupa un lugar destacado en la vida de la Iglesia. Sin duda alguna las presencias divinas de que hemos hablado, son todas ellas, reales, verdaderas, pero a todas excede en dignidad la presencia de Cristo, como Dios y como Hombre en las Especies consagradas. El Concilio de Trento, con magisterio infalible, definió como verdades reveladas, contenidas, en la Sagrada Escritura, y en la Tradición Apostólica, en el cual Cristo, es a la vez Víctima y Sacerdote»; Sacrificio que de manera cruenta se celebró una sola vez en el Calvario, y que se actualiza sacramentalmente en cada Misa válida que se celebra; realizada la consagración del pan y del vino, Cristo se hace presente de modo misterioso, en su doble naturaleza, humana y divina; por ello solemos llamar a esta manera de estar con nosotros el Señor, «presencia real», no porque las demás, no lo sean, que sí lo son como queda dicho, sino porque es más excelente, como afirma el Papa Pablo VI, en la Encíclica *Mysterium fidei*; en el Comentario al Credo, dice que dicha presencia es «verdadera, real y sustancial», y añade: «con la misma existencia, permanece presente, después de celebrado el Sacrificio, en el Santísimo Sacramento, que se conserva en el Sagrario, corazón viviente de nuestros templos», recogiendo la doctrina que la Iglesia Católica, siempre ha profesado, y que ha sido definida como Verdad de fe, por el tridentino. La Comunión Sacramental, nos pone en íntima comunicación con Dios, y es por lo mismo, fuente de gracias espirituales, para quienes reciben al Señor con las disposiciones debidas a tan gran misterio. ¡Cuánto invita a la intimidad con Él, la Comunión del Cuerpo y la Sangre del Señor! Las palabras dichas por el Maestro Divino a los Apóstoles, vienen bien a quienes le han recibido en la sagrada Comunión: «Ya no os llamo siervos, sino amigos»; verdaderamente Jesús, se quiere convertir, en el mejor de los amigos, el más íntimo, y por ser Dios, el más poderoso, el que mejor nos comprende, y el que mejor nos puede ayudar; Él, de nada necesita, y nosotros, somos unos pobres necesitados de muchas cosas. «Un buen amigo, es un tesoro», dice la Escritura; ¿hemos probado a cultivar una seria y profunda amistad con Jesús?

La bondad del Señor es inmensa. Leemos en el Santo Evangelio: «Quien me ama, será amado de mi Padre, y yo también le amaré y me manifestaré a él...» y más adelante, «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amaré, y a él vendremos, y en él haremos mansión» (Jn. 14-21-24). Presencia ésta, intimista, que los teólogos llaman y con razón, «inhabitación»; verdadero regalo de Dios a las almas fieles, ya que es el mismo Dios, Uno y Trino, quien se convierte en el «Dulce Huésped del alma», y con su misteriosa presencia, la santifica; presencia que hace posible un diálogo amoroso, en el silencio del alma, convertida en «templo del Espíritu Santo», como enseña San Pablo; presencia de Dios, que nos acompaña siempre, así en los momentos prósperos como adversos, si nosotros por el pecado mortal, no nos hacemos indignos de ella. No podemos tener conciencia psicológica de esta presencia, si Dios, no nos lo revela, cosa que no acostumbra a hacer; ;hemos de vivirla en fe; los sentidos fácilmente nos pueden engañar. Sería grave error pensar que se da en nosotros, una especie de unión con Dios, al modo de la unión hipostática que sólo se verificó en la Encarnación del Hijo de Dios. La inhabitación de Dios, es un misterio, y en fe se ha de vivir. Ciertamente que, cuando las almas son generosas y dóciles a la acción purificante del Espíritu Santo, el Señor, les concede ciertas experiencias místicas de su divina Presencia. Así leemos en la «Llama de amor viva», de San Juan de la Cruz: «¡Oh, cautiverio suave/Oh regalada llaga/Oh Mano blanda/Oh toque delicado!/que a vida eterna sabe/y toda deuda paga»/... (obra citada canc. 2). Sabemos que la Gracia santificante, nos hace «consortes divinae naturae» (2.^a Gén. 1-4), lo cual supone una unión, y por tanto una presencia de Dios en el alma, por vía de conocimiento y de amor; presencia que se hace más intensa, a medida que el alma, es fiel a la divina Voluntad, y se esmera en agradar, a su Dios, que tan pródigamente la regala. No se trata aquí, de explicar como es esa presencia, dentro de lo explicable, pues siempre quedaba envuelta en los velos de la fe; simplemente pretende este trabajo, exponer con qué facilidad Dios nuestro Señor, nos facilita el acceso a Él, incluso dentro del orden natural, y mucho más dentro del contexto de una vida de fe, esperanza y caridad, perfeccionadas por los Dones del Espíritu Santo. El ejercicio de la presencia de Dios, viene a ser, como una manera sencilla de orar, que si bien requiere cierta atención amorosa a Dios, de tantas maneras presente en nuestra

vida, no por eso es incompatible con el cumplimiento del deber más exigente.

¿Hemos hecho la prueba, de incluir en nuestra agenda diaria, algunos minutos de personal coloquio con Dios, en lo íntimo de nuestra alma, convertida en santuario de su misteriosa presencia? Parece que nos da miedo penetrar dentro de nosotros mismos; estamos muy acostumbrados a vivir hacia fuera, dedicar un poco de atención a las realidades sobrenaturales de nuestro mundo interior, nos parece tiempo perdido, y no es así. San Juan de la Cruz, nos aconseja, «atención a lo interior, y estarse amando al Amado»; esta atención que aconsejó el Santo Doctor, no es ciertamente a nuestros problemas; con ello hay el peligro de hacernos a nosotros mismos centros de toda nuestra actividad psicológica, más profunda, peligro que hay que evitar, para no fomentar un egoísmo más o menos larvado. Esta atención a la presencia divina en nosotros, por Gracia, nos estimula a cultivar los más altos valores religiosos y morales; nos ayuda a liberarnos de nuestro «yo desordenado», que tanto estorba al desarrollo, en nosotros, de la verdadera caridad. Atención que, no requiere grandes conocimientos teológicos, ni exige un lugar o tiempo determinado; en todo lugar y en cualquier tiempo, podemos, si queremos, con el favor divino, ser bien recibidos, por Aquel, que no cesa de decir: «Venid a Mí todos...» Las palabras del Apóstol San Pablo, en el Aerópago de Atenas, «Porque en Él vivimos, nos movemos y existimos» (Ac. 17-28), refuerzan cuanto venimos diciendo de la presencia de Dios, en el mundo, en la Iglesia, en las almas justas, y mucho más es aplicable a aquellas manifestaciones con que Dios regala, a las almas, en que mora por Gracia, si éstas, con espíritu de fe, gustan de su compañía, aunque para ello hayan de renunciar a pasatiempos que las distraen, y mediante la saludable penitencia, purifican su corazón, a la vez que, con fervorosa oración se acercan al que el Profeta Isaías llamó «verdaderamente Dios escondido». Con esta manera de trato con Dios, la fe, se hace más pura, más limpia, más contemplativa, y por la caridad, más profunda, más viva, más operante. Como ejercicio de la vida teologal, la presencia de Dios es siempre muy recomendable, y en sus distintos planos, resulta relativamente fácil, teniendo en cuenta, que, en mayor o menor grado, supone la fe sobrenatural, fundamento de la vida cristiana, y sin la cual «no es posible agradar a Dios», como enseña la Epístola a los Hebreos.

ALONSO RODRIGUEZ, S. J.[†]

BARTOMEU GUASP, Pr. (Mallorca)

*A Monti-Sion
el bon nom floria
d'Alonso, el germà
de la Companyia.
Son modest afer
—qui l'envejaria?—
totes les hi pren
les hores del dia
manejant les claus
de la porteria.
Gent, que va i ve,
mai no el distreuria
puis en Déu pensar
és sa llepolia.
«Ara venc, Senyor!»,
respon, i fa via
totjust sent el toc
—campaneta mia!—
que el crida, vibrant,
a la porteria.
De tant obeir
sovint s'extasia...*

*Pel místic saber,
que entorn irradia,
hom diu que és un pou
de teologia.*

*D'on el llec humil
tanta llum hauria
que mestre l'ha alçat
de categoria,
mestre d'esperits
que vers al cel guia?
L'escolta Ciutat
i la pagesia.
Rosari entre els dits
la ciència adquiria
als peus de Jesús
i als peus de Maria.
A son alt parer
tothom se confia;
son gest miracler
dels mals és metgia;
té el do de concell
i de profecia.
Del dimoni astut
sap la ferotgia...
Oh, pel sant vellet,
que en Déu s'abscondia,
atrau el cancell
de la porteria.*

* * *

*A Monti-Sion
Alonso moria*

*quan dels arbres cau
la fulla mústia,
quan l'octubre gris
que també finia
se posava el vel
de melancolia.
—Adéu, campanó
que jo encobeïa,
ferrellat, adéu,
de la porteria;
adéu, rest de claus
que jo al cint lluïa:
dolços instruments
de la glòria mia!—*

*Rosari en les mans
—com el deixaria?—,
el llec, tot absort,
al llit d'agonia,
de l'etern colís
el so pressentia.
«Ara venc, Senyor,
tardar no voldria.»
Una rara llum
la cella envaïa,
«Siau mon camí,
Jesús i Maria.»*

† El Hno. Alonso, natural de Segovia, desde el año 1571 vivió en Palma de Mallorca hasta su muerte, acaecida el 31 de octubre de 1617, teniendo 84 años cumplidos. El 15 de enero de 1888 fue canonizado por León XIII junto con otros dos miembros de la Compañía de Jesús, Pedro Claver y Juan Berchmans.

Nos hemos desviado: hay que volver al camino se han oscurecido las inteligencias: hay que despejar su oscuridad con la luz de la verdad; se ha enseñoreado la muerte de nosotros: hay que apoderarse de la vida. Entonces finalmente se podrán sanar tantas heridas, entonces todo derecho esperará volver a recobrar la antigua autoridad, y brillará de nuevo el esplendor de la paz y caerán de las manos las espadas y las armas, cuando todos acepten gustosos el imperio de Cristo y le obedezcan, y confiese toda lengua que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

**Enc. Annum Lacrum.
León XIII**

Hay que creer con fe católica que Cristo Jesús ha sido dado sin duda a los hombres por Redentor al que se entreguen confiadamente, mas, al mismo tiempo, por legislador al que obedezcan.

**Pío XI
Enc. Qvas Primas.**